

Dichoso el mensajero que anuncia la Paz

D

XVII Jornada Mundial de la Juventud (23-29 de julio de 2002) .3

El futuro del mundo 3

Sal y luz para el mundo 3

El hombre está hecho para la felicidad 3

María, madre y maestra 6

La ciudad de Dios, en la ciudad del hombre 6

Sólo Jesús tiene palabras de vida eterna 7

Ahora que nos despedimos, no nos separemos de Cristo 9

En nombre de todos los jóvenes el Papa os dice ¡Gracias! 10

m

Viaje apostólico a Guatemala (29-30 de julio de 2002) 11

Momento de Gracia y renovación 11

La dicha de proclamar santo al hermano Pedro de Betancurt 11

El arte de la oración y la misericordia 11

e

n

Viaje apostólico a México (30 julio-2 de agosto de 2002) 13

Que Dios os haga como Juan Diego 13

En México por quinta vez 13

La nueva Humanidad 14

Contentos de ser bautizados 15

Viaje apostólico a Polonia (16-19 de agosto de 2002) 17

La gracia de la misericordia 17

Construir la patria sobre la justicia, el amor y la pa 17

En la misericordia de Dios el mundo encontrará la paz 18

Testigos de la misericordia en el mundo de hoy 20

Fidelidad a Dios, rico en misericordia 22

Reina y Madre de misericordia 24

La misericordia, luz de la esperanza 25

16

XVII Jornada Mundial de la Juventud (23-29 de julio de 2002)

El futuro del mundo

Millones de jóvenes en todo el mundo siguieron con apasionado interés la presencia y la palabra del Papa en Toronto, a comienzos del verano, para la Jornada Mundial de la Juventud. Muchos de los que estuvieron y muchos más, jóvenes y mayores, que no pudieron estar nos han hecho llegar su interés por conocer los textos de las alocuciones del Santo Padre en sus viajes apostólicos del verano. Ofrecemos en este número de Documentos *Alfa y Omega* todos los textos, íntegros, de las visitas pastorales del Papa a Canadá, a Guatemala y a México, y a Polonia

SAL Y LUZ PARA EL MUNDO

Ceremonia de bienvenida. Aeropuerto internacional de Toronto (23 de julio)

Honorable señor Primer Ministro Jean Chrétien, amadísimos amigos canadienses:

Le agradezco profundamente, señor Primer Ministro, sus palabras de bienvenida y me siento muy honrado por la presencia del Primer Ministro de Ontario, del alcalde de la gran ciudad de Toronto, y de otros distinguidos representantes del Gobierno y de la sociedad civil. A todos les expreso sinceramente mi gratitud por haber aceptado favorablemente la idea de acoger la Jornada Mundial de la Juventud en Canadá, y por todo lo que se ha llevado a cabo para que se hiciera realidad.

Amadísimos canadienses, guardo vivos los recuerdos de mi primer viaje apostólico, en 1984, y de mi breve visita, en 1987, a los pueblos indígenas de la tierra de Denendeh. Esta vez solamente podré visitar Toronto. Desde este lugar saludo a todos los ciudadanos de Canadá. Os tengo presentes en mis oraciones de acción de gracias a Dios, que ha bendecido tan abundantemente vuestro vasto y espléndido país.

Se están reuniendo aquí jóvenes de todas las partes del mundo para la Jornada Mundial de la Juventud. Con sus dones de inteligencia y corazón, representan el futuro del mundo. Pero también llevan los signos de una humanidad que con mucha frecuencia no conoce ni paz ni justicia.

Demasiadas vidas comienzan y terminan sin alegría, sin esperanza. Ésta es una de las principales razones de la Jornada Mundial de la Juventud. Los jóvenes se están reuniendo para comprometerse, con la fuerza de su fe en Jesucristo, a servir a la gran causa de la paz y la solidaridad humana. ¡Gracias, Toronto! ¡Gracias, Canadá, por la acogida que les brindas con los brazos abiertos!

En la versión francesa de vuestro himno nacional, *Oh Canadá*, cantáis: «Dado

que tu brazo sabe blandir la espada, sabe llevar la cruz...» Los canadienses son herederos de un humanismo extraordinariamente rico, gracias a la fusión de muchos elementos culturales diversos. Pero el núcleo de vuestra herencia es la visión espiritual y trascendente de la vida, basada en la Revelación cristiana, que ha dado un impulso vital a vuestro desarrollo de sociedad libre, democrática y solidaria, reconocida en todo el mundo como paladina de los derechos humanos y de la dignidad humana.

En un mundo de grandes tensiones éticas y sociales, y de confusión con respecto

La palabra
de Jesús, también hoy, puede hacer
arder el corazón de un joven
y motivar toda su existencia

a la finalidad misma de la vida, los canadienses tienen un tesoro incomparable para ofrecerlo como su contribución. Sin embargo, deben conservar lo que es profundo, bueno y válido en su herencia. Pido a Dios que la Jornada Mundial de la Juventud brinde a todos los canadienses una oportunidad para recordar los valores que son esenciales para una vida buena y para la felicidad humana.

Señor Primer Ministro; ilustres autoridades; queridos amigos, ¡ojalá que el lema de la Jornada Mundial de la Juventud resuene para todo el país, recordando a cada cristiano la tarea de ser *sal de la tierra y luz del mundo*!

¡Dios os bendiga! ¡Dios bendiga a Canadá!

EL HOMBRE ESTA HECHO PARA LA FELICIDAD

Fiesta de acogida de los jóvenes. Toronto, Exhibition Place (25 de julio)

Queridos jóvenes amigos: Os habéis reunido en Toronto, procedentes de los cinco continentes, para celebrar vuestra Jornada Mundial. Os dirijo mi saludo gozoso y cordial. He esperado con ilusión este encuentro, mientras desde las diversas regiones llegaban a mi escritorio, en el Vaticano, los ecos consoladores de las múltiples iniciativas que han marcado vuestro camino hasta hoy. Ya menudo, aun sin conocerlos, os he presentado uno a uno al Señor en la oración: Él os conoce desde siempre y os ama personalmente. Saludo con afecto fraterno a los señores cardenales y obispos que os acompañan, en particular a monseñor Jacques Berthelet, Presidente de la Conferencia Episcopal de Canadá, al cardenal Aloysius Ambrozic, arzobispo de esta ciudad, y al cardenal James Francis Stafford, Presidente del Consejo Pontificio para los Laicos. A todos digo: que el trato personal con vuestros pastores os ayude a descubrir cada vez más y a gustar la belleza de la Iglesia vivida como comunión misionera.

Al escuchar la larga lista de los países de donde procedéis, hemos dado juntos la vuelta al mundo. En cada uno de vosotros he visto el rostro de vuestros coetáneos, con los que me he encontrado a lo largo de mis viajes apostólicos, y a los que de alguna manera representáis vosotros aquí. Os he imaginado en camino a la sombra de la cruz del Jubileo en esta gran peregrinación juvenil que, pasando de continente en continente, quiere estrechar al mundo entero en un abrazo de fe y esperanza.

Hoy esta peregrinación hace etapa aquí, a las orillas del lago Ontario, que a nosotros nos recuerda otro lago, el de Tiberíades, a cuya orilla el Señor Jesús hizo una propuesta fascinante a los primeros discípulos, algunos de los cuales eran probable-

mente jóvenes como vosotros (cf. Jn 1, 35-42).

El Papa ha venido desde Roma para escuchar de nuevo con vosotros la palabra de

Las ocho bienaventuranzas son las señales de tráfico que indican la dirección que es preciso seguir

Jesús, que también hoy, como sucedió con los discípulos en aquel día lejano, puede hacer arder el corazón de un joven y motivar toda su existencia. Por eso, os invito a hacer de las diversas actividades de la Jornada Mundial, apenas comenzada, un tiempo privilegiado en el que cada uno de vosotros, queridos jóvenes, se ponga a la escucha del Señor, con corazón disponible y generoso, para convertirse en sal de la tierra y luz del mundo.

Queridos jóvenes de España y América Latina, os saludo con cariño. Recordad el camino de felicidad que Jesús os anuncia en el Evangelio. Avosotros y a los obispos que os acompañan os saludo con afecto.

Saludo también a los jóvenes de lengua portuguesa y a todos os deseo la felicidad y el bien de las Bienaventuranzas. Saludo con alegría y afecto a los jóvenes italianos acompañados de sus obispos. Finalmente, saludo a mis compatriotas que han venido de Polonia a Toronto.

DISCURSO DEL SANTO PADRE

Queridos jóvenes: Lo que acabamos de escuchar es la Carta magna del cristianismo: la página de las Bienaventuranzas. Hemos vuelto a ver, con los ojos del corazón, la escena de entonces. Una multitud de personas se agolpa en torno a Jesús en la montaña: hombres y mujeres, jóvenes y ancianos, sanos y enfermos, llegados de Galilea, pero también de Jerusalén, de Judea, de las ciudades de la Decápolis, de Tiro y Sidón. Todos están a la espera de una palabra, de un gesto que les dé consuelo y esperanza.

El mapa de la felicidad

También nosotros nos hallamos reunidos aquí, esta tarde, para ponernos a la escucha del Señor. Os miro con gran afecto: venís de las diversas regiones de Canadá, de Estados Unidos, de América central, de América del sur, de Europa, de África, de Asia y de Oceanía. He escuchado vuestras voces jubilosas, vuestros gritos, vuestros cantos, y he percibido las profundas expectativas que laten en vuestro corazón: ¿queréis ser felices!

Queridos jóvenes, son numerosas y atrac-

tivas las propuestas que se os presentan desde todas partes: muchos os hablan de una alegría que se puede obtener con el dinero, con el éxito, con el poder. Sobre todo os hablan de una alegría que coincide con el placer superficial y efímero de los sentidos.

Queridos amigos, a vuestro anhelo joven de ser felices, el anciano

Papa responde con una palabra que no es suya. Es una palabra que resonó hace dos mil años. La acabamos de escuchar esta tarde: *Bienaventurados...* La palabra clave de la enseñanza de Jesús es un anuncio de alegría: *Bienaventurados...*

El hombre está hecho para la felicidad. Por tanto, vuestra sed de felicidad es legítima. Cristo tiene la respuesta a vuestra expectativa. Con todo, os pide que os fiéis de Él. La alegría verdadera es una conquista, que no se logra sin una lucha larga y difícil. Cristo posee el secreto de la victoria. Ya conocéis los antecedentes. Los narra el libro del Génesis: Dios creó al hombre y a la mujer en un paraíso, el Edén, porque quería que fueran felices. Por desgracia, el pecado trastornó sus proyectos iniciales. Dios no se resignó a esta derrota. Envío a su Hijo a la tierra para devolver al hombre la perspectiva de un cielo aún más hermoso. Dios se hizo hombre —como subrayaron los Padres de la Iglesia— para que el hombre pudiera llegar a ser Dios. Éste es el cambio decisivo que la Encarnación imprimió a la historia humana.

¿Dónde está la lucha? La respuesta nos la da Cristo mismo. San Pablo escribió: «Siendo de condición divina, no retuvo ávidamente el ser igual a Dios, sino que (...) tomando condición de siervo (...), se humilló a sí mismo, obedeciendo hasta la muerte» (Flp 2, 6-8). Fue una lucha hasta la muerte. Cristo la libró no por sí, sino por nosotros. De aquella muerte ha brotado la vida. La tumba del Calvario se ha convertido en la cuna de la Humanidad nueva en camino hacia la felicidad verdadera.

El *Sermón de la montaña* traza el mapa de este camino. Las ocho Bienaventuranzas son las señales de tráfico que indican la dirección que es preciso seguir. Es un camino en subida, pero Jesús lo ha recorrido primero. YÉl está dispuesto a recorrerlo de nuevo con vosotros. Un día dijo: «El que me siga no caminará en la oscuridad» (Jn 8, 12). En otra circunstancia añadió: «Os he dicho esto para que mi gozo esté en vosotros, y vuestro gozo sea colmado» (Jn 15, 11).

Caminando con Cristo es como se puede conquistar la alegría, la verdadera alegría. Precisamente por esta razón Él os ha dirigido también hoy un anuncio de alegría: *Bienaventurados...*

Acogiendo ahora su cruz gloriosa, la cruz

que ha recorrido, juntamente con los jóvenes, los caminos del mundo, dejad que resuene en el silencio de vuestro corazón esta palabra consoladora y exigente: *Bienaventurados...*

(Después de que los jóvenes llevaron en procesión la cruz de la Jornada Mundial, Juan Pablo II continuó con su discurso.)

Reunidos en torno a la cruz del Señor, contemplémoslo a Él: Jesús no se limitó a proclamar las Bienaventuranzas; también las vivió. Al repasar su vida, releendo el evangelio, quedamos admirados: el más pobre de los pobres, el ser más manso entre los humildes, la persona de corazón más puro y misericordioso es precisamente Él, Jesús. Las Bienaventuranzas no son más que la descripción de un rostro, su Rostro.

Al mismo tiempo, las Bienaventuranzas describen al cristiano: son el retrato del discípulo de Jesús, la fotografía del hombre que ha acogido el reino de Dios y quiere sintonizar su vida con las exigencias del Evangelio. A este hombre Jesús se dirige llamándolo *bienaventurado*.

La alegría que las Bienaventuranzas prometen es la alegría misma de Jesús: una alegría buscada y encontrada en la obediencia al Padre y en la entrega a los hermanos.

Jóvenes de Canadá, de América y de todas las partes del mundo, mirando a Jesús podéis aprender lo que significa ser pobres de espíritu, mansos y misericordiosos; lo que significa buscar la justicia, ser limpios de corazón, artifices de paz. Con la mirada fija en Él, podéis descubrir la senda del perdón y de la reconciliación en un mundo a menudo presa de la violencia y del terror. Durante el año pasado hemos experimentado con dramática evidencia el rostro trágico de la malicia humana. Hemos visto lo que sucede cuando reinan el odio, el pecado y la muerte.

Pero hoy la voz de Jesús resuena en medio de nuestra asamblea. Su voz es voz de vida, de esperanza y de perdón; es voz de justicia y de paz. ¡Escuchémosla! Escuchemos la voz de Jesús.

Queridos amigos, la Iglesia hoy os mira a vosotros con confianza, y espera que os

Durante el año pasado hemos experimentado con dramática evidencia el rostro trágico de la malicia humana. Hemos visto lo que sucede cuando reinan el odio, el pecado y la muerte.

convirtáis en el pueblo de las Bienaventuranzas.

Bienaventurados vosotros, si sois, como Jesús, pobres de espíritu, buenos y misericordiosos; si sabéis buscar lo que es justo y recto; si sois limpios de corazón, artífices de paz; si amáis y servís a los pobres. ¡Bienaventurados vosotros!

Sólo Jesús es el verdadero Maestro; sólo Jesús presenta un mensaje que no cambia, sino que responde a las expectativas más profundas del corazón del hombre, porque sólo Él sabe *lo que hay en el hombre* (Jn 2, 25). Él sabe lo que hay en el hombre, en su corazón. Hoy Él os llama a ser sal y luz del mundo, a escoger la bondad, a vivir en la justicia, a ser instrumentos de amor y de paz. Su llamada siempre ha exigido elegir entre el bien y el mal, entre la luz y las tinieblas, entre la vida y la muerte. La misma invitación se dirige hoy a vosotros, que estáis aquí, a las orillas del lago Ontario.

¿Qué llamada elegirán seguir los centinelas del mañana? Creer en Jesús significa aceptar lo que dice, aunque vaya en contra de lo que dicen los demás. Significa rechazar las seducciones del pecado, por más atractivas que sean, y seguir el camino exigente de las virtudes evangélicas.

Jóvenes, escuchadme, respondió al Señor con corazón fuerte y generoso. Él cuenta con vosotros. No lo olvidéis: Cristo os necesita para realizar su proyecto de salvación. Cristo necesita vuestra juventud y vuestro generoso entusiasmo para hacer que resuene su anuncio gozoso en el nuevo milenio. Responded a su llamada poniendo vuestra vida al servicio de Él en los hermanos. Fiaos de Cristo, porque Él se fía de vosotros.

¡ Señor Jesucristo,
proclama una vez más
tus Bienaventuranzas
ante estos jóvenes
reunidos en Toronto
para su Jornada Mundial.
Mira con amor
y escucha estos corazones jóvenes
que están dispuestos a
arriesgar su futuro por Ti.
Tú los has llamado a ser
sal de la tierra y luz del mundo.
Sigue enseñándoles
la verdad y la belleza
de las perspectivas que anunciaste
en la Montaña.
Transfórmalos en hombres y mujeres
de las Bienaventuranzas.
Que brille en ellos
la luz de tu sabiduría,
de forma que con
sus palabras y obras
sepan difundir en el mundo
la luz y la sal del Evangelio.
Haz que toda su vida sea
un reflejo luminoso de Ti,
que eres la Luz verdadera,
que vino a este mundo,

para que quien crea en Ti no muera, sino que tenga la vida eterna (cf. Jn 3, 16).

MARÍA, MADRE Y MAESTRA

Angelus. Morrow Park, Casa madre de las Religiosas de San José (27 de julio)

Queridas hermanas: Os agradezco vivamente la hospitalidad que me brindáis con ocasión de mi presencia en Toronto para la celebración de la XVII Jornada Mundial de la Juventud. Sé cuánto han colaborado las Religiosas de San José, juntamente con muchos otros religiosos y religiosas, en la preparación de este gran acontecimiento y en la acogida de los jóvenes del mundo: a todos y a cada uno expreso mi más viva gratitud.

Vuestra congregación acaba de celebrar sus 150 años de vida: juntamente con vosotras bendigo al Señor, que ha obrado maravillas a través de la entrega, el sacrificio y el servicio humilde y oculto de tantas Religiosas de San José, y le pido que siga asistiéndoo con su gracia y el don de su Espíritu, en vuestro esfuerzo por poner en manos de Dios lo que sois y lo que seréis, con una constante disponibilidad a ser enviadas, como Jesús, a servir a los demás.

María, esposa de José, sea para vosotras Madre y Maestra de vida y santidad.

LACIUDAD DE DIOS,
EN LACIUDAD DELHOMBRE

Vigilia de oración. Toronto, Parque Downsview (27 de julio)

Queridos jóvenes del mundo, queridos amigos; querido pueblo de las Bienaventuranzas:

Os saludo a todos con afecto en nombre del Señor. Me alegra encontrarme de nuevo con vosotros, después de los días de catequesis, de reflexión, de participación y de fiesta que habéis vivido. Nos acercamos a la fase conclusiva de vuestra Jornada Mundial, que culminará mañana con la celebración de la Eucaristía.

En vosotros, congregados en Toronto desde los cuatro ángulos de la tierra, la Iglesia ve su futuro y encuentra la llamada a la juventud con que el Espíritu de Cristo continuamente la enriquece. El entusiasmo y la alegría que manifestáis son signo de vuestro amor al Señor y de vuestro anhelo de servirlo en la Iglesia y en los hermanos.

En los días pasados, en Wadowice, mi ciudad natal, tuvo lugar el III Foro internacional de jóvenes, que ha reunido católicos, greco-católicos y ortodoxos provenientes de Polonia y de Europa del este. Hoy, además, han llegado hasta allí millares de jóvenes de toda Polonia para unirse a nosotros a través

de la televisión, y vivir juntos esta Vigilia de oración. Permittedme que les salude en polaco.

Saludo a los jóvenes de lengua polaca, que en tan gran número han venido aquí desde nuestra patria y de los demás países del mundo, así como a los miles de jóvenes que se han congregado en Wadowice de toda Polonia y de los países de la Europa del este, para vivir juntamente con nosotros esta Vigilia de oración. Atodos deseo que estos días les traigan abundantes frutos de generoso impulso en la adhesión a Cristo y a su Evangelio.

Queridos jóvenes amigos, os agradezco vuestra presencia en Toronto, os abrazo de corazón y siempre pido por vosotros, para que ahora y siempre seáis la sal de la tierra y la luz del mundo.

Saludo con afecto a los jóvenes italianos aquí presentes y a todos los que, desde Italia, se unen a nosotros a través de la televisión. Juntamente con los jóvenes, que en las diversas partes del planeta participan de varios modos en esta Jornada de la Juventud, queremos abarcar el mundo con un abrazo de fe y de amor, para proclamar nuestra fe en Cristo, amigo fiel que ilumina el camino de todo hombre.

¡ Durante la Vigilia de esta noche acogere mos la cruz de Cristo, testimonio del amor de Dios a la Humanidad. Aclamaremos al Señor resucitado, luz que brilla en las tinieblas. Oramos con los Salmos, repitiendo las mismas palabras que pronunció Jesús cuando se dirigía al Padre a lo largo de su vida terrena. Constituyen aún hoy la oración de la Iglesia. Por último, escucharemos la palabra del Señor, *lámpara para nuestros pasos, luz en nuestro sendero* (cf. Sal 119, 105).

Os invito a ser portavoces de los jóvenes

¿Sobre qué bases es preciso construir la nueva época histórica que surge de los grandes cambios del siglo XX? ¿Será suficiente apostar por la revolución tecnológica actual, que parece regulada únicamente por criterios de productividad y eficiencia, sin ninguna referencia a la dimensión religiosa del hombre

del mundo, de sus alegrías, desilusiones y esperanzas. Mirad a Jesús, el que vive, y repetidle la súplica de los Apóstoles: «Señor, enséñanos a orar». La oración será como la sal que da sabor a vuestra existencia y os orienta hacia Él, Luz verdadera de la Humanidad.

DISCURSO DEL SANTO PADRE

Queridos jóvenes:
Cuando, en el ya lejano 1985, quise poner

El espíritu
del mundo
ofrece muchos
espejismos, muchas
parodias
de la felicidad. Quizá
no haya tiniebla
más densa
que la que
se introduce
en el alma
de los jóvenes
cuando falsos
profetas apagan en
ellos la luz
de la fe,
de la esperanza y del
amor.
El engaño
más grande,
la mayor fuente
de infelicidad
es el espejismo de
una vida
prescindiendo
de Dios

en marcha las Jornadas Mundiales de la Juventud, tenía en el corazón las palabras del apóstol san Juan que acabamos de escuchar esta noche: «Lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que contemplamos y tocaron nuestras manos acerca de la Palabra de vida (...) os lo anunciamos también a vosotros» (cf. 1 Jn 1, 1. 3). E imaginaba las Jornadas Mundiales como un momento fuerte en el que los jóvenes del mundo pudieran encontrarse con Cristo, el eternamente joven, y aprender de Él a ser los evangelizadores de los demás jóvenes.

Esta noche, juntamente con vosotros, bendigo y doy gracias al Señor por el don que ha hecho a la Iglesia a través de las Jornadas Mundiales de la Juventud. Millones de jóvenes han participado en ellas, sacando motivaciones de compromiso y testimonio cristiano. Os doy las gra-

cias en particular a vosotros, que, aceptando mi invitación, os habéis reunido aquí, en Toronto, para «contar al mundo vuestra alegría de haber encontrado a Jesucristo, vuestro deseo de conocerlo cada vez mejor, vuestro compromiso de anunciar el Evangelio de salvación hasta los últimos confines de la tierra» (*Mensaje para la XVII Jornada Mundial de la Juventud*, n. 5).

Sólo sobre Cristo se puede construir

El nuevo milenio se ha inaugurado con dos escenarios contrapuestos: el de la multitud de peregrinos que acudieron a Roma durante el gran Jubileo para cruzar la Puerta Santa que es Cristo, Salvador y Redentor del hombre; y el del terrible atentado terrorista de Nueva York, icono de un mundo en el que parece prevalecer la dialéctica de la enemistad y el odio.

La pregunta que se impone es dramática: ¿sobre qué bases es preciso construir la nueva época histórica que surge de las grandes transformaciones del siglo XX? ¿Será suficiente apostar por la revolución tecnológica actual, que parece regulada únicamente por criterios de productividad y eficiencia, sin ninguna referencia a la dimensión religiosa del hombre, y sin un discernimiento ético universalmente compartido? ¿Está bien contentarse con respuestas provisionales a los problemas de fondo y dejar que la vida quede a merced de impulsos instintivos, de sensaciones efímeras, de entusiasmos pasajeros?

Vuelve la misma pregunta: ¿sobre qué bases, sobre qué certezas es preciso construir la propia existencia y la de la comunidad a la que se pertenece?

Queridos amigos, vosotros lo sentís instintivamente dentro de vosotros, en el entusiasmo de vuestra edad juvenil, y lo afirmáis con vuestra presencia aquí esta noche: sólo Cristo es la *pedra angular* sobre la que es posible construir sólidamente el edificio de la propia existencia. Sólo Cristo, conocido, contemplado y amado, es el amigo fiel que no defrauda, que se hace compañero de camino y cuyas palabras hacen arder el corazón (cf. Lc 24, 13-35). El siglo XX a menudo pretendió prescindir de esa *pedra angular*, intentando construir la ciudad del hombre sin hacer referencia a Él, y acabó por edificarla de hecho contra el hombre. Pero los cristianos lo saben: no se puede rechazar o marginar a Dios, sin correr el riesgo de humillar al hombre.

La expectativa, que la Humanidad va cultivando entre tantas injusticias y sufrimientos, es la de una nueva civilización marcada por la libertad y la paz. Pero para esa empresa se requiere una nueva generación de constructores que, movidos no por el miedo o la violencia, sino por la urgencia de un amor auténtico, sepan poner piedra sobre

piedra para edificar, en la ciudad del hombre, la ciudad de Dios.

Queridos jóvenes, permitidme que os manifieste mi esperanza: esos *constructores* debéis ser vosotros. Vosotros sois los hombres y las mujeres del mañana; en vuestro corazón y en vuestras manos se encuentra el futuro. Avosotros Dios encomienda la tarea, difícil pero entusiasmante, de colaborar con Él en la edificación de la civilización del amor.

I Hemos escuchado en la Carta de san Juan —el Apóstol más joven y, tal vez por eso, el más amado por el Señor— que «Dios es luz y en Él no hay tinieblas» (1 Jn 1, 5). Sin embargo, a Dios nadie lo ha visto, observa san Juan. Es Jesús, el Hijo unigénito del Padre, quien nos lo ha revelado (cf. Jn 1, 18). Pero si Jesús ha revelado a Dios, ha revelado la luz. En efecto, con Cristo vino al mundo «la luz verdadera, la que ilumina a todo hombre» (Jn 1, 9).

Queridos jóvenes, dejasos conquistar por la luz de Cristo, y difundidla en el ambiente en que vivís. «La luz de la mirada de Jesús —dice el *Catecismo de la Iglesia católica*— ilumina los ojos de nuestro corazón; nos enseña a verlo todo a la luz de su verdad y de su compasión por todos los hombres» (n. 2715).

En la medida en que vuestra amistad con Cristo, vuestro conocimiento de su misterio, vuestra entrega a Él, sean auténticos y profundos, seréis *hijos de la luz* y os convertiréis, también vosotros, en *luz del mundo*. Por eso, os repito las palabras del Evangelio: «Brille así vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está

Aunque
he vivido
entre muchas tinieblas,
bajo duros regímenes totalitarios,
he visto
lo suficiente
para vencerme
de que
ninguna dificultad,
ningún miedo
es tan grande como
para ahogar
la esperanza
que brota eterna en el corazón
de los jóvenes.

en los cielos» (Mt 5, 16).

¡Esta noche el Papa, juntamente con vosotros, jóvenes de los diversos continentes, reafirma la fe que sostiene la vida de la Iglesia: Cristo es la Luz de los pueblos; Él ha muerto y resucitado para devolver a los hombres, que caminan en la Historia, la esperanza de la eternidad. Su Evangelio no menoscaba lo humano: todo valor auténtico, en cualquier cultura donde se manifieste, es acogido y asumido por Cristo. El cristiano, consciente de ello, no puede por menos de sentir vibrar en su interior el arrojo y la responsabilidad de convertirse en testigo de la luz del Evangelio.

Precisamente por eso, os digo esta noche: haced que resplandezca la luz de Cristo en vuestra vida. No esperéis a tener más años para aventuraros por la senda de la santidad. La santidad es siempre joven, como es eterna la juventud de Dios.

Comunicad a todos la belleza del encuentro con Dios, que da sentido a vuestra vida. Que nadie os gane en la búsqueda de la justicia, en la promoción de la paz, en el compromiso de fraternidad y solidaridad.

¡Cuán hermoso es el canto que ha resonado en estos días:

«Luz del mundo, sal de la tierra.

Sed para el mundo el rostro del amor.

Sed para la tierra

el reflejo de su luz!»!

Es el don más hermoso y valioso que podéis hacer a la Iglesia y al mundo. El Papa os acompaña, como sabéis, con su oración y con una afectuosa bendición.

¡Quisiera saludar una vez más a los jóvenes de lengua polaca.

Queridos jóvenes, amigos míos, os agradezco vuestra presencia en Toronto, en Wadowice y en cualquier lugar donde estéis espiritualmente unidos con los jóvenes del mundo que viven su XVII Jornada Mundial. Os quiero asegurar que constantemente os abrazo a cada uno y cada una de vosotros con el corazón y con la oración, pidiendo a Dios que seáis la sal y la luz de la tierra ahora y en la vida adulta. Dios os bendiga.

SÓLO JESÚS TIENE PALABRAS DE VIDA ETERNA

Homilía. Toronto, Parque Downsview (28 de julio)

Vosotros sois la sal de la tierra... Vosotros sois la luz del mundo» (Mt 5, 13-14). Amadísimos jóvenes de la XVII Jornada Mundial de la Juventud; amadísimos hermanos y hermanas:

En una montaña, cerca del lago de Galilea, los discípulos de Jesús escuchaban su voz suave y apremiante: suave como el paisaje mismo de Galilea, apremiante como una llamada a elegir entre la vida y la muerte, entre la verdad y la mentira. El Señor pronunció entonces palabras de vida que resonarían para siempre en el corazón de los discípulos.

Hoy os dice esas mismas palabras a vosotros, jóvenes de Toronto, de Ontario y de todo Canadá, de Estados Unidos, del Caribe, de la América de lengua española y portuguesa, de Europa, de África, de Asia y de Oceanía. Escuchad la voz de Jesús en lo más íntimo de vuestro corazón. Sus palabras os dicen quiénes sois como cristianos. Os enseñan qué debéis hacer para permanecer en su amor.

¡Jesús ofrece una cosa; el *espíritu del mundo* ofrece otra. En la lectura de hoy, tomada de la carta a los Efesios, san Pablo afirma que Jesús nos lleva de las tinieblas a la luz (cf. Ef 5, 8). Tal vez el gran Apóstol estaba pensando en la luz que lo había cegado a él, el perseguidor de los cristianos, en el camino de Damasco. Cuando recobró la vista, ya nada era como antes. Pablo había renacido y ya nada podía quitarle la alegría que le había inundado el alma.

También vosotros, queridos jóvenes, estáis llamados a ser transformados. «Despierta, tú que duermes, y levántate de entre los muertos, y te iluminará Cristo» (Ef 5, 14), dice también san Pablo.

El *espíritu del mundo* ofrece muchos espejismos, muchas parodias de la felicidad. Quizá no haya tiniebla más densa que la que

se introduce en el alma de los jóvenes cuando falsos profetas apagan en ellos la luz de la fe, de la esperanza y del amor. El engaño más grande, la mayor fuente de infelicidad es el espejismo de encontrar la vida prescindiendo de Dios, de alcanzar la libertad excluyendo las verdades morales y la responsabilidad personal.

¡El Señor os invita a elegir entre estas dos voces, que compiten por conquistar vuestra alma. Esta elección es la esencia y el desafío de la Jornada Mundial de la Juventud. ¿Para qué habéis venido desde todas las partes del mundo? Para decir juntos a Cristo: «Señor, ¿a quién iremos?» (Jn 6, 68). ¿Quién, quién tiene palabras de vida eterna? Jesús, el amigo íntimo de cada joven, tiene palabras de vida.

Lo que heredaréis es un mundo que tiene necesidad urgente de un renovado sentido de fraternidad y solidaridad humana. Es un mundo que necesita ser tocado y curado por la belleza y la riqueza del amor de Dios. El mundo actual necesita testigos de ese amor. Necesita que vosotros seáis *la sal de la tierra y la luz del mundo*.

El mundo os necesita; el mundo necesita la sal, os necesita como *sal de la tierra y luz del mundo*.

¡La sal se usa para conservar y mantener sanos los alimentos. Como apóstoles del tercer milenio, os corresponde a vosotros conservar y mantener viva la conciencia de la presencia de Jesucristo, nuestro Salvador, de modo especial en la celebración de la Eucaristía, memorial de su muerte redentora y de su gloriosa resurrección. Debéis mantener vivo el recuerdo de las palabras de vida que pronunció, de las espléndidas obras de misericordia y de bondad que realizó. Debéis constantemente recordar al mundo que «el Evangelio es fuerza de Dios que salva» (cf. Rm 1, 16). La sal condimenta y da sabor a la comida. Siguiendo a Cristo, debéis cambiar y mejorar el *sabor* de la historia humana. Con vuestra fe, esperanza y amor, con vuestra inteligencia, valentía y perseverancia, debéis humanizar el mundo en que vivimos. El modo para alcanzarlo lo indicaba ya el profeta Isaías en la primera lectura de hoy: «Suelta las cadenas injustas, (...) parte tu pan con el hambriento (...) Cuando destierres de ti el gesto amenazador y la maledicencia, (...) brillará tu luz en las tinieblas» (cf. Is 58, 6-10).

¡Una llama ligera que arde rompe la pesada cubierta de la noche. ¡Cuánta más luz podréis producir vosotros, todos juntos, si os unís en la comunión de la Iglesia! Si amáis a Jesús, amad a la Iglesia. No os desalentéis por las culpas y faltas de alguno de sus hijos. El daño que han hecho algunos sacerdotes y religiosos, a personas jóvenes o frágiles nos llena a todos de un profundo sentido de tristeza y vergüenza. Pero pensad en la gran mayoría de sacerdotes y religiosos, generosamente comprometidos, cuyo único deseo es

Nosotros no somos la suma de nuestras debilidades y nuestros fracasos; al contrario, somos la suma del amor del Padre a nosotros y de nuestra capacidad real de llegar a ser imagen de su Hijo

servir y hacer el bien. Hoy se encuentran aquí muchos sacerdotes, seminaristas y personas consagradas: estad cerca de ellos y sostenedlos. Ysi escucháis que resuena en lo más íntimo de vuestro corazón esa misma llamada al sacerdocio o a la vida consagrada, no tengáis miedo de seguir a Cristo por el camino real de la cruz. En los momentos difíciles de la historia de la Iglesia, el deber de la santidad resulta aún más urgente. Y la santidad no es cuestión de edad. La santidad es vivir en el Espíritu Santo, como hicieron Catalina Tekakwitha, aquí en América, y muchísimos otros jóvenes.

Vosotros sois jóvenes, y el Papa es anciano; 82 u 83 años de vida no es lo mismo que 22 o 23. Pero aún se identifica con vuestras expectativas y vuestras esperanzas. Jóvenes de espíritu, jóvenes de espíritu. Aunque he vivido entre muchas tinieblas, bajo duros regímenes totalitarios, he visto lo suficiente para convencerme de manera inquebrantable de que ninguna dificultad, ningún miedo es tan grande como para ahogar completamente la esperanza que brota eterna en el corazón de los jóvenes.

Vosotros sois nuestra esperanza, los jóvenes son nuestra esperanza. No dejéis que muera esa esperanza. Apostad vuestra vida por ella. Nosotros no somos la suma de vuestras debilidades y nuestros fracasos; al contrario, somos la suma del amor del Padre a nosotros y de nuestra capacidad real de llegar a ser imagen de su Hijo.

Concluyo con una oración.

I Señor Jesucristo,
 conserva a estos jóvenes en tu amor.
 Haz que oigan tu voz
 y crean en lo que dices,
 porque sólo Tú tienes
 palabras de vida eterna.
 Enséñales cómo profesar su fe,
 cómo dar su amor,
 cómo comunicar su esperanza
 a los demás.
 Hazlos testigos convincentes
 de tu Evangelio,
 en un mundo que tanto necesita
 de tu gracia que salva.
 Haz de ellos el nuevo pueblo
 de las Bienaventuranzas,
 para que sean *la sal de la tierra*
 y *la luz del mundo*
 al inicio del tercer milenio cristiano.
 María, Madre de la Iglesia,
 protege y guía
 a estos muchachos y muchachas
 del siglo XXI.
 Abrázalos a todos
 en tu corazón materno.
 Amén.

**Ángelus. Toronto, Parque
 Downsview (28 de julio)**

Concluimos esta espléndida celebración Eucarística con el rezo del *Ángelus* a María, Madre del Redentor.

A ella le encomiendo los frutos de esta Jornada Mundial de la Juventud, para que asegure su eficacia en el tiempo. Quiera Dios que este encuentro marque un despertar de la pastoral juvenil en Canadá. Que el entusiasmo de este momento sea la chispa necesaria para poner en marcha una nueva etapa de testimonio evangélico dinámico.

Deseo, además, anunciar oficialmente que la próxima Jornada Mundial de la Juventud se celebrará en el año 2005 en Colonia, Alemania. En la imponente catedral de Colonia se venera la memoria de los Magos, los sabios que llegaron de Oriente siguiendo la estrella que los condujo a Cristo. Como peregrinos, vuestro camino hacia Colonia comienza hoy. Cristo os espera allí para la celebración de la XX Jornada Mundial de la Juventud.

Os acompañe la Virgen María, Madre nuestra en la peregrinación de la fe.

(Después del *Ángelus*, el Papa añadió los siguientes saludos:)

Doy vivamente las gracias a cuantos han contribuido al éxito de esta XVII Jornada Mundial de la Juventud: a los ciudadanos de Toronto, a los voluntarios, a la policía, a los bomberos, al alcalde y a las diversas autoridades del Gobierno canadiense.

Saludo cordialmente a las demás Iglesias y comunidades cristianas aquí representadas, así como a los seguidores de otras tradiciones religiosas.

Deseo a todos los participantes que los propósitos suscitados por estas jornadas de fe y de fiesta se transformen en frutos abundantes de testimonio y servicio. Que el recuerdo de Toronto entre a formar parte del tesoro de vuestra vida.

Expreso mi gratitud en particular al cardenal Aloysius Ambrozic, arzobispo de Toronto, a la Conferencia Episcopal Canadiense y al Comité organizador. Doy las gracias vivamente al Consejo Pontificio para los Laicos, en la persona de su Presidente, el cardenal James Francis Stafford.

Saludo a los señores cardenales y a los obispos que han venido de diversas partes del mundo, a los sacerdotes, a los diáconos y a las personas consagradas que han compartido con los jóvenes estos días.

Mientras volvemos a nuestras casas, digo a todos, con san Agustín: «Hemos estado bien en la luz común. Nos hemos alegrado y regocijado juntos. Ahora que nos despedimos, procuremos no separarnos de Cristo» (*In Io. ev. tr.*, 35, 9).

Muchas gracias a los jóvenes de lengua española. No tengáis miedo de responder con generosidad a la llamada del Señor. ¡Que vuestra fe brille ante el mundo! ¡Que vuestras ac-

ciones muestren vuestro compromiso derivado del mensaje de salvación del Evangelio!

Queridos jóvenes de lengua portuguesa, la Jornada Mundial de la Juventud no termina aquí; debe proseguir en vuestra vida de entrega fiel a Cristo. Sed sal, sed luz para el mundo que os rodea.

Amadísimos jóvenes italianos, mantened vivo el don de la fe que os ha sostenido en estos días. La Iglesia necesita vuestro compromiso. ¡Nos vemos en Roma!

Amadísimos jóvenes de lengua alemana, a vosotros corresponde de modo especial mantener vivo el espíritu de la Jornada Mundial de la Juventud, con vistas a Colonia 2005. Trabajad por construir la civilización del amor y de la justicia. Haced que vuestra luz lleve a muchos otros al reino de Cristo, que es un reino de verdad, de justicia y de paz.

Mi pensamiento se dirige, por último, a la tierra polaca, que me dispongo a visitar una vez más. Queridos compatriotas, no perdáis nunca de vista vuestra herencia cristiana. En ella podéis encontrar la sabiduría y la valentía que necesitáis para afrontar los grandes desafíos religiosos y éticos de nuestro tiempo. Os encomiendo a todos a la protección de la Virgen de Jasna Góra.

**EN NOMBRE
 DE TODOS LOS JÓVENES,
 EL PAPA OS DICE ¡GRACIAS!**

**Al Comité nacional para la preparación
 del viaje pastoral a Toronto. *Morrow
 Park, Casa madre de las Religiosas de
 San José (28 de julio)***

Os saludo con afecto a todos los que habéis venido a visitarme al final de esta XVII Jornada Mundial de la Juventud.

Doy las gracias al arzobispo de Toronto, cardenal Aloysius Ambrozic, que, juntamente con el obispo monseñor Anthony Meagher, ha dirigido el largo trabajo de preparación de este gran acontecimiento. Asimismo, doy las gracias a cuantos han contribuido con su entrega y también con su apoyo económico al éxito de la Jornada.

Saludo al grupo de jóvenes indígenas que proceden de las tierras de la Beata Catalina Tekakwitha. Con razón la llamáis *kaiatano* (persona nobilísima y dignísima): que sea para vosotros un modelo de cómo los cristianos pueden ser la sal y la luz de la tierra.

Por último, un saludo particular a los jóvenes y adultos del Comité nacional para la Jornada Mundial: amadísimos hermanos, sé con cuánto empeño y cuánta generosidad habéis trabajado a lo largo de estos dos años. En nombre de todos los jóvenes que han venido a Toronto y han gozado de los frutos de vuestro esfuerzo, el Papa os dice ¡gracias!

Sobre cada uno de vosotros y sobre vuestras familias invoco la bendición del Señor. LA DICHA DE PROCLAMAR SANTO

Viaje apostólico a Guatemala (29-30 de julio de 2002)

Momento de Gracia y renovación

AL HERMANO PEDRO DE BETANCURT

Ceremonia de bienvenida. Aeropuerto Internacional de Ciudad de Guatemala (29 de julio)

Señor Presidente; queridos hermanos en el episcopado; excelentísimas autoridades; miembros del Cuerpo diplomático; amadísimos hermanos y hermanas:

Ante todo quiero expresar mi gran alegría al venir por tercera vez como peregrino de amor y de esperanza a esta querida tierra guatemalteca. Doy gracias a Dios por haberme permitido volver aquí para celebrar la canonización de un personaje tan querido y admirado por vosotros, el Hermano Pedro de San José de Betancurt, hijo de la isla canaria de Tenerife, el cual, impulsado por un gran espíritu misionero, vino a Guatemala, entregándose al servicio de los pobres y necesitados.

Me complace saludar, en primer lugar, al Presidente de la República, excelentísimo señor Alfonso Antonio Portillo Cabrera, al cual manifiesto mi más viva gratitud por las amables palabras que ha tenido a bien dirigirme dándome la cordial bienvenida. Aprecio mucho la presencia de los Presidentes de las otras Repúblicas hermanas de Centroamérica, de la República Dominicana y del Primer Ministro de Belice. Mi agradecimiento se hace extensivo al Gobierno de la nación, a las demás autoridades y al Cuerpo diplomático, por su grata presencia en este acto y por su preciosa colaboración en los preparativos de mi visita.

Saludo entrañablemente a mis hermanos en el episcopado, en particular al señor arzobispo de Guatemala y Presidente de la Conferencia Episcopal, así como a los demás arzobispos y obispos. Mi saludo fraterno se extiende también con gran afecto a los sacerdotes, diáconos, religiosos, religiosas, catequistas y fieles, a todos los guatemaltecos, dirigiéndome con afecto a las poblaciones indígenas, y también a las personas venidas de otros países latinoamericanos y de España.

Mañana tendré la dicha de proclamar Santo al Hermano Pedro de Betancurt, que fue expresión del amor de Dios a su pueblo.

Esta celebración ha de ser un verdadero momento de gracia y renovación para Guatemala. En efecto, el ejemplo de su vida y la elocuencia de su mensaje son un valioso aporte a la construcción de la sociedad que se abre ahora a los desafíos del tercer milenio. Deseo fervientemente que el noble pueblo guatemalteco, sediento de Dios y de los valores espirituales, ansioso de paz y de reconciliación, tanto en su seno como con los pueblos vecinos y hermanos, de solidaridad y de justicia, pueda vivir y disfrutar de la dignidad que le corresponde.

Encomendándome a la protección del Santo Cristo de Esquipulas, y sintiéndome muy unido a los amados hijos de toda Guatemala, inicio este viaje apostólico, mientras de corazón os bendigo a todos, de modo particular a los pobres, a los indígenas y

campesinos, a los enfermos y a los marginados, y muy especialmente a cuantos sufren en el cuerpo o en el espíritu. Atodos mi saludo cordial.

¡Alabado sea Jesucristo!

ELARTE DE LAORACIÓN Y LAMISERICORDIA

Homilía en la Misa de canonización del Beato Hermano Pedro José de Betancurt. Ciudad de Guatemala, Hipódromo del Sur (30 de julio)

Venid vosotros, benditos de mi Padre... Os aseguro que cada vez que lo hicisteis con uno de estos mis humildes hermanos, conmigo lo hicisteis» (Mt 25, 34.40). ¿Cómo no pensar que estas palabras de Jesús, con las que se concluirá la historia de la Humanidad, puedan aplicarse también al Hermano Pedro, que con tanta generosidad se dedicó al servicio de los más pobres y abandonados?

Al inscribir hoy en el catálogo de los santos al Hermano Pedro de San José de Betancurt, lo hago convencido de la actualidad de su mensaje. El nuevo santo, con el único equipaje de su fe y su confianza en Dios, surcó el Atlántico para atender a los pobres e indígenas de América: primero en Cuba, después en Honduras y, finalmente, en esta bendita tierra de Guatemala, su *tierra prometida*.

Agradezco cordialmente las amables palabras que me ha dirigido monseñor Rodolfo Quezada, arzobispo de Guatemala, presentándome a estas queridas comunidades eclesiales. Saludo a los señores cardenales, a los obispos guatemaltecos, al obispo de Tenerife y a los venidos de otras partes del continente americano. También saludo con gran estima a los sacerdotes y a los consagrados y consagradas. Un saludo especial y afectuoso también a los Hermanos de la Orden de Belén y a las Hermanas Bethlemitas, fruto de la inspiración de la Madre Encarnación Rosal, primera Beata guatemalteca y reformadora del Beaterio donde fraguó la fundación para recuperar los valores fundamentales de los seguidores del Hermano Pedro.

Merecís
todo respeto
y tenéis derecho
a realizaros plenamente
en la justicia,
el desarrollo integral y la paz

Agradezco particularmente la presencia en esta celebración de los Presidentes de las Repúblicas de Guatemala, El Salvador, Honduras, Nicaragua, Costa Rica, Panamá, República Dominicana, del Primer Ministro de Belice y demás autoridades civiles. Aprecio también la participación en este acto de la Misión oficial que el Gobierno español ha querido enviar para esta feliz ocasión.

Deseo asimismo expresar mi aprecio y cercanía a los numerosos indígenas. El Papa no os olvida y, admirando los valores de vuestras culturas, os alienta a superar con esperanza las situaciones, a veces difíciles, que atravesáis. ¡Construid con responsabilidad el futuro, trabajad por el armónico progreso de vuestros pueblos! Merecéis todo respeto y tenéis derecho a realizaros plenamente en la justicia, el desarrollo integral y la paz.

¡«Que su Espíritu os fortalezca interiormente y que Cristo habite en vuestros corazones. Así, arraigados y cimentados en el amor, podréis comprender (...) la profundidad del amor de Cristo» (Ef 3, 16-19). Estas palabras de san Pablo que hemos escuchado hoy, manifiestan cómo el encuentro interior con Cristo transforma al ser humano, llenándole de misericordia para con el prójimo.

El Hermano Pedro fue hombre de profunda oración, ya en su tierra natal, Tenerife, y después en todas las etapas de su vida, hasta llegar aquí, donde, especialmente en la ermita del Calvario, buscaba asiduamente la voluntad de Dios en cada momento. Por eso es un ejemplo eximio para los cristianos de hoy, a quienes recuerda que, para ser santo, «es necesario un cristianismo que se distinga ante todo en el arte de la oración» (*Novo millennio ineunte*, 32). Por tanto, renuevo mi exhortación a todas las comunidades cristianas, de Guatemala y de otros países, a ser auténticas escuelas de oración, donde orar sea parte central de toda actividad. Una intensa vida de piedad produce siempre frutos abundantes.

El Hermano Pedro forjó así su espiritualidad, particularmente en la contemplación de los misterios de Belén y de la Cruz. Si en el nacimiento e infancia de Jesús ahondó en el acontecimiento fundamental de la encarnación del Verbo, que le lleva a descubrir casi con naturalidad el rostro de Dios en el hombre, en la meditación sobre la Cruz encontró la fuerza para practicar heroicamente la misericordia con los más pequeños y necesitados.

Hoy somos testigos de la profunda verdad de las palabras del Salmo que antes hemos recitado: el justo «no temerá. Distribuyó, dio a los pobres; su justicia permanece por los siglos de los siglos» (111, 8-9). La justicia que perdura es la que se practica con humildad, compartiendo cordialmente la suerte de los hermanos, sembrando por doquier el espíritu de perdón y misericordia.

La justicia
que perdura
es la que
se practica
con humildad, compartiendo
cordialmente
la suerte
de los hermanos, sembrando
por doquier
el espíritu
de perdón
y misericordia

Pedro de Betancurt se distinguió precisamente por practicar la misericordia con espíritu humilde y vida austera. Sentía en su corazón de servidor la amonestación del apóstol Pablo: «Todo cuanto hagáis, hacedlo de corazón, como para el Señor y no para los hombres» (Col 3, 23). Por eso fue verdaderamente hermano de todo el que vive en el infortunio, y se entregó con ternura e inmenso amor a su salvación. Así se pone de manifiesto en los acontecimientos de su vida, como su dedicación a los enfermos en el pequeño hospital de Nuestra Señora de Belén, cuna de la Orden Bethlehemita.

El nuevo santo es también hoy un apremiante reclamo a practicar la misericordia en la sociedad actual, sobre todo cuando son tantos los que esperan una mano tendida que los socorra. Pensemos en los niños y jóvenes sin hogar o sin educación; en las mujeres abandonadas con muchas necesidades que remediar; en la multitud de marginados en las ciudades; en las víctimas de organizaciones del crimen organizado, de la prostitución o la droga; en los enfermos desatendidos o en los ancianos que viven en soledad.

¡El Hermano Pedro «es una herencia que no se ha de perder y que se ha de transmitir para un perenne deber de gratitud y un renovado propósito de imitación» (*Novo millennio ineunte*, 7). Esta herencia ha de suscitar en los cristianos, y en todos los ciudadanos, el deseo de transformar la comunidad humana en una gran familia, donde las relaciones sociales, políticas y económicas sean dignas del hombre, y se promueva la dignidad de la persona con el reconocimiento efectivo de sus derechos inalienables.

Quisiera concluir recordando cómo la devoción a la Santísima Virgen acompañó siempre la vida de piedad y misericordia del Hermano Pedro. Que Ella nos guíe también a nosotros para que, iluminados por los ejemplos del *hombre que fue caridad*, como se conoce a Pedro de Betancurt, podamos llegar hasta su Hijo Jesús. Amén.

¡Alabado sea Jesucristo!

¡Gracias, Guatemala!

(Al final, el Papa dirigió las siguientes palabras:)

Antes de dejar este estupendo lugar, el lugar de la canonización del primer santo guatemalteco y tinerfeño, deseo decir que me habéis conmovido una vez más. Gracias, muchas gracias, Guatemala. Con esta fe, esta cordialidad, estas calles tan maravillosamente decoradas. Gracias porque sé que, detrás de cada flor, hay un corazón. Sed fieles a Dios, a la Iglesia, a vuestra tradición católica, iluminados por el ejemplo del santo hermano Pedro. Guatemala siempre fiel, bajo la protección del Santo Cristo de Esquipulas. Guatemala, te llevo en mi corazón.

Viaje apostólico a México (30 julio-2 de agosto de 2002)

Que Dios os haga como Juan Diego

 EN MÉXICO POR QUINTA VEZ

**Ceremonia de bienvenida.
Aeropuerto internacional de Ciudad de México (30 de julio)**

Señor Presidente de los Estados Unidos Mexicanos; señor cardenal arzobispo de Ciudad del México; queridos hermanos en el episcopado; ilustres autoridades y miembros del Cuerpo diplomático; queridos mexicanos:

Es inmensa mi alegría al poder venir por quinta vez a esta hospitalaria tierra en la que inicié mi apostolado itinerante que, como Sucesor del apóstol Pedro, me ha llevado a tantas partes del mundo, acercándome así a muchos hombres y mujeres para confirmarles en la fe en Jesucristo salvador.

Después de haber celebrado en Toronto la XVII Jornada Mundial de la Juventud, he tenido hoy la dicha de agregar al número de los santos a un admirable evangelizador de este continente: el Hermano Pedro de San José de Betancurt. Mañana, con gran gozo, canonizaré a Juan Diego y, al día siguiente, beatificaré a otros dos compatriotas vuestros: Juan Bautista y Jacinto de los Ángeles, que se unen así a los hermosos ejemplos de santidad en estas queridas tierras americanas, donde el mensaje cristiano ha sido acogido con corazón abierto, ha impregnado sus culturas y ha dado abundantes frutos.

¡Agradezco las amables palabras de bienvenida que, en nombre de todos los mexicanos, me ha dirigido el señor Presidente de

la República. Aellas deseo corresponder renovando, una vez más, mis sentimientos de afecto y estima por este pueblo, rico de historia y de culturas ancestrales, y animando a todos a comprometerse en la construcción de una patria siempre renovada y en constante progreso. Saludo con afecto a los señores cardenales y obispos, a los queridos sacerdotes, religiosos y religiosas, a todos los fieles que, día a día, se esfuerzan en practicar la fe cristiana y que, con su vida, hacen realidad la frase que es esperanza y programa de futuro: *México siempre fiel*. Desde aquí, mando también un saludo afectuoso a los jóvenes reunidos en vigilia de oración en la Plaza del Zócalo de la catedral primada, y les digo que el Papa cuenta con ellos y les pide que sean verdaderos amigos de Jesús y testigos de su Evangelio.

¡Queridos mexicanos, gracias por vuestra hospitalidad, por vuestro afecto constante, por vuestra fidelidad a la Iglesia. En ese camino, continuad siendo fieles, alentados por los maravillosos ejemplos de santidad surgidos en esta noble nación. ¡Sed santos! Recordando cuanto ya dije en la basílica de Guadalupe en 1990, servid a Dios, a la Iglesia y a la nación, asumiendo cada cual la responsabilidad de transmitir el mensaje evangélico y de dar testimonio de una fe viva y operante en la sociedad. Acada uno os bendigo de corazón, utilizando para ello la fórmula con la que vuestros antepasados se dirigían a sus seres más queridos: «Que Dios os haga como Juan Diego».

¡México siempre fiel!

 LANUEVA HUMANIDAD

Homilía en la Misa de canonización del Beato Juan Diego Cuanhtlatóatzin. Basílica de Guadalupe (31 de julio)

Yo te alabo, Padre, porque has escondido estas cosas a los sabios y entendidos, y las has revelado a la gente sencilla! ¡Gracias, Padre, porque así te ha parecido bien!» (Mt 11, 25).

Queridos hermanos y hermanas: éstas palabras de Jesús en el evangelio de hoy son para nosotros una invitación especial a alabar y dar gracias a Dios por el don del primer santo indígena del continente americano. Con gran gozo he peregrinado hasta esta basílica de Guadalupe, corazón mariano de México y de América, para proclamar la santidad de Juan Diego Cuanhtlatóatzin, el indio sencillo y humilde que contempló el rostro dulce y sereno de la Virgen del Tepeyac, tan querido por los pueblos de Méjico.

¡Agradezco las amables palabras que me ha dirigido el señor cardenal Norberto Rivera Carrera, arzobispo de México, así como la calurosa hospitalidad de los hombres y mujeres de esta arquidiócesis primada: para todos mi saludo cordial. Saludo también con afecto al cardenal Ernesto Corripio Ahumada, arzobispo emérito de México, y a los demás cardenales, a los obispos mexicanos, de América, de Filipinas y de otros lugares del mundo. Asimismo, agradezco particularmente al Señor Presidente y a las autoridades civiles su presencia en esta celebración.

Dirijo hoy un saludo muy entrañable a los numerosos indígenas venidos de las diferentes regiones del país, representantes de las diversas etnias y culturas que integran la rica y pluriforme realidad mexicana. El Papa les expresa su cercanía, su profundo respeto y admiración, y los recibe fraternalmente en el nombre del Señor.

¿Cómo era Juan Diego? ¿Por qué Dios se fijó en él? El libro del Eclesiástico, como hemos escuchado, nos enseña que sólo Dios «es poderoso y sólo los humildes le dan gloria» (3, 20). También las palabras de san Pablo proclamadas en esta celebración

Queridos mexicanos, gracias por vuestra hospitalidad, por vuestro afecto constante, por vuestra fidelidad a la Iglesia. En ese camino, continuad siendo fieles, alentados por los maravillosos ejemplos de santidad surgidos en esta noble nación. ¡Sed santos!

Es necesario apoyar hoy
a los indígenas
en sus legítimas aspiraciones.
¡México necesita a sus indígenas
y los indígenas necesitan
a México!

iluminan este modo divino de actuar la salvación: «Dios ha elegido a los insignificantes y despreciados del mundo; de manera que nadie pueda presumir delante de Dios» (1 Co 1, 28.29).

Es conmovedor leer los relatos guadalupanos, escritos con delicadeza y empapados de ternura. En ellos la Virgen María, la esclava *que glorifica al Señor* (Lc 1, 46), se manifiesta a Juan Diego como la Madre del verdadero Dios. Ella le regala, como señal, unas rosas preciosas, y él, al mostrarlas al obispo, descubre grabada en su tilma la bendita imagen de Nuestra Señora. El acontecimiento guadalupano –como ha señalado el episcopado mexicano– significó el comienzo de la evangelización con una vitalidad que rebasó toda expectativa. El mensaje de Cristo a través de su Madre tomó los elementos centrales de la cultura indígena, los purificó y les dio el definitivo sentido de salvación» (14-V-2002, n. 8). Así pues, Guadalupe y Juan Diego tienen un hondo sentido eclesial y misionero, y son un modelo de evangelización perfectamente inculturada.

¡«Desde el cielo el Señor, atentamente, mira a todos los hombres» (Sal 32, 13), hemos recitado con el salmista, confesando una vez más nuestra fe en Dios, que no repara en distinciones de raza o de cultura. Juan Diego, al acoger el mensaje cristiano sin renunciar a su identidad indígena, descubrió la profunda verdad de la nueva Humanidad, en la que todos están llamados a ser hijos de Dios en Cristo. Así facilitó el encuentro fecundo de dos mundos y se convirtió en protagonista de la nueva identidad mexicana, íntimamente unida a la Virgen de Guadalupe, cuyo rostro mestizo expresa su maternidad espiritual que abraza a todos los

mexicanos. Por ello, el testimonio de su vida debe seguir impulsando la construcción de la nación mexicana, promover la fraternidad entre todos sus hijos y favorecer cada vez más la reconciliación de México con sus orígenes, sus valores y tradiciones.

Esta noble tarea de edificar un México mejor, más justo y solidario, requiere la colaboración de todos. En particular, es necesario apoyar hoy a los indígenas en sus legítimas aspiraciones, respetando y defendiendo los auténticos valores de cada grupo étnico. ¡México necesita a sus indígenas y los indígenas necesitan a México! Amados hermanos y hermanas de todas las etnias de México y América, al ensalzar hoy la figura del indio Juan Diego, deseo expresarles la cercanía de la Iglesia y del Papa hacia todos ustedes, abrazándolos con amor y animándolos a superar con esperanza las difíciles situaciones que atraviesan.

¡En este momento decisivo de la historia de México, cruzado ya el umbral del nuevo milenio, encomiendo a la valiosa intercesión de san Juan Diego los gozos y esperanzas, los temores y angustias del querido pueblo mexicano, que llevo tan adentro de mi corazón.

¡Bendito Juan Diego, indio bueno y cristiano, a quien el pueblo sencillo ha tenido siempre por varón santo! Te pedimos que acompañes a la Iglesia que peregrina en México, para que cada día sea más evangelizadora y misionera. Alienta a los obispos, sostén a los sacerdotes, suscita nuevas y santas vocaciones, ayuda a todos los que entregan su vida a la causa de Cristo y a la extensión de su Reino.

¡Dichoso Juan Diego, hombre fiel y verdadero! Te encomendamos a nuestros hermanos y hermanas laicos, para que, sintiéndose llamados a la santidad, impregnen todos los ámbitos de la vida social con el espíritu evangélico. Bendice a las familias, fortalece a los esposos en su matrimonio, apoya los desvelos de los padres por educar cristianamente a sus hijos. Mira propicio el dolor de los que sufren en su cuerpo o en su espíritu, de cuantos padecen pobreza, soledad, marginación o ignorancia. Que todos, gobernantes y súbditos, actúen siempre según las exigencias de la justicia y el respeto de la dignidad de cada hombre, para que así se consolide la paz.

¡Amado Juan Diego, *el águila que habla!* Enséñanos el camino que lleva a la Virgen Morena del Tepeyac, para que ella nos reciba en lo íntimo de su corazón, pues ella es la Madre amorosa y compasiva que nos guía hasta el verdadero Dios. Amén.

Buen discípulo de Jesús

(Antes de impartir la bendición, el Vicario de Cristo dirigió las siguientes palabras:)

Al concluir esta canonización de Juan Diego, deseo renovar el saludo a todos los

que habéis podido participar, algunos desde esta basílica, otros desde los aledaños y muchos más a través de la radio y la televisión. Agradezco de corazón el afecto de cuantos he encontrado en las calles que he recorrido. En el nuevo santo tenéis el maravilloso ejemplo de un hombre de bien, recto de costumbres, leal hijo de la Iglesia, dócil a los pastores, amante de la Virgen, buen discípulo de Jesús. Que sea modelo para vosotros que tanto lo amáis, y que él interceda por México para que sea siempre fiel. Llevad a todos el mensaje de esta celebración y el saludo y el afecto del Papa a todos los mexicanos.

CONTENIDOS DE SER BAUTIZADOS

Homilía en la beatificación de los mártires Juan Bautista y Jacinto de los Ángeles. Basílica de Guadalupe (1 de agosto)

Queridos hermanos y hermanas: «Dichosos los perseguidos por causa de la justicia, porque de ellos es el Reino de los cielos» (Mt 5, 10). En el evangelio de las Bienaventuranzas, esta última invita a no desalentarse ante las persecuciones que la Iglesia ha afrontado desde el inicio. En el Sermón de la Montaña Jesús promete la fe-

Ante
el dulce rostro
de la Virgen
de Guadalupe,
que ha dado aliento constante a la fe
de sus hijos mexicanos, renovemos
el compromiso evangelizador
de Juan Bautista
y de Jacinto
de los Ángeles

licidad auténtica a quienes son pobres de espíritu, lloran o son mansos; también a los que buscan la justicia y la paz, actúan con misericordia o son limpios de corazón.

Ante el sufrimiento humano que acompaña el camino en la fe, san Pedro exhorta: «Alégrese de compartir ahora los padecimientos de Cristo, para que, cuando se manifieste su gloria, el júbilo de ustedes sea desbordante» (1 Pe 4, 13). Con esta convicción Juan Bautista y Jacinto de los Ángeles afrontaron el martirio manteniéndose fieles al culto del Dios vivo y verdadero y rechazando los ídolos.

Mientras sufrían el tormento, al proponerles renunciar a la fe católica y salvarse, contestaron con valentía: «Una vez que hemos profesado el Bautismo, seguiremos siempre la religión verdadera». Hermoso ejemplo de cómo no se debe anteponer nada, ni siquiera la propia vida, al compromiso bautismal, como hacían los primeros cristianos que, regenerados por el bautismo, abandonaban toda forma de idolatría (cf. Tertuliano, *De baptismo*, 12, 15).

¡Saludo con afecto a los señores cardenales y obispos congregados en esta basílica. En particular al arzobispo de Oaxaca, monseñor Héctor González Martínez, a los sacerdotes, religiosos, religiosas y fieles laicos, especialmente a los venidos desde Oaxaca, tierra natal de los nuevos Beatos, donde su recuerdo sigue tan vivo. Vuestra tierra es una rica amalgama de culturas. Allí llegó el Evangelio en 1529, con los padres dominicos, sirviéndose de las lenguas nativas y los usos y costumbres de las comunidades locales. Entre los frutos de esta semilla cristiana, destacan estos dos grandes mártires.

¡En la segunda lectura, san Pedro nos ha recordado que, si alguno «sufre por ser cristiano, que le dé gracias a Dios por llevar ese nombre» (1 Pe 4, 16). Juan Bautista y Jacinto de los Ángeles, derramando su sangre por Cristo, son auténticos mártires de la fe. Como el apóstol Pablo, podrían preguntarse en su interior: «¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿La tribulación?, ¿la angustia?, ¿la persecución?, ¿el hambre?, ¿la desnudez?, ¿los peligros?, ¿la espada?» (Rm 8, 35).

Estos dos cristianos indígenas, intachables en su vida personal y familiar, sufrieron el martirio por su fidelidad a la fe católica, contentos de ser bautizados. Ellos son ejemplo para los fieles laicos, llamados a santificarse en las circunstancias ordinarias de la vida.

¡Con esta beatificación, la Iglesia pone de relieve su misión de anunciar el Evangelio a todas las gentes. Los nuevos Beatos, fruto de santidad de la primera evangelización entre los indios zapotecas, animan a los indígenas de hoy a apreciar sus culturas y sus lenguas y, sobre todo, su dignidad de hijos de Dios, que los demás

deben respetar en el contexto de la nación mexicana, plural en el origen de sus gentes y dispuesta a construir una familia común en la solidaridad y la justicia. Los dos Beatos son un ejemplo de cómo, sin mitificar sus costumbres ancestrales, se puede llegar a Dios sin renunciar a la propia cultura, pero dejándose iluminar por la luz de Cristo, que renueva el espíritu religioso de las mejores tradiciones de los pueblos.

¡«Estamos alegres, pues ha hecho cosas grandes por su pueblo el Señor» (Sal 125, 3). Con estas palabras del salmista nuestro corazón se llena de gozo, porque Dios ha bendecido a la Iglesia de Oaxaca y al pueblo mexicano con dos hijos suyos que hoy suben a la gloria de los altares. Ellos, con ejemplar cumplimiento de sus encargos públicos, son modelo para quienes, en las pequeñas aldeas o en las grandes estructuras sociales, tienen el deber de favorecer el bien común con esmero y desinterés personal. Juan Bautista y Jacinto de los Ángeles, esposos y padres de familia de conducta intachable, como fue reconocido entonces por sus conciudadanos, recuerdan a las familias mexicanas de hoy la grandeza de su vocación, el

valor de la fidelidad en el amor y de la aceptación generosa de la vida.

Se alegra, pues, la Iglesia porque con estos nuevos Beatos ha recibido muestras evidentes del amor que Dios nos tiene (cf. *Prefacio II de los Santos*). Se alegra también la comunidad cristiana de Oaxaca y de México entero porque el Todopoderoso ha puesto sus ojos en dos de sus hijos.

¡Ante el dulce rostro de la Virgen de Guadalupe, que ha dado aliento constante a la fe de sus hijos mexicanos, renovemos el compromiso evangelizador que distinguió también a Juan Bautista y a Jacinto de los Ángeles. Hagamos partícipes de esta tarea a todas las comunidades cristianas para que proclamen con entusiasmo su fe y la trasmitan íntegra a las nuevas generaciones. ¡Evangelizad estrechando los lazos de comunión fraterna, y dando testimonio de la fe con una vida ejemplar en la familia, en el trabajo y en las relaciones sociales! ¡Buscad el Reino de Dios y su justicia ya aquí, en la tierra, mediante una solidaridad efectiva y fraterna con los más desfavorecidos o marginados! (cf. Mt 25, 34-35) ¡Sed artífices de esperanza para toda la sociedad!

¡Nuestra Madre del cielo expresamos el gozo que nos embarga por ver subir a los altares a dos hijos suyos, pidiéndole al mismo tiempo que bendiga, consuele y auxilie, como siempre ha hecho desde este santuario del Tepeyac, al querido pueblo mexicano y a toda América.

Me recuerdo que durante mi primera visita, en 1979, he podido visitar Oaxaca. Me alegro que hoy he podido beatificar a dos hijos suyos. ¡Gracias a Dios!

**¡Méjico lindo,
que Dios te bendiga!**

(Al final de la celebración el Santo Padre añadió las siguientes palabras:)

Aquí he palpado vuestra estima, y volver me ha causado una profunda alegría espiritual, de la que doy gracias a Dios y a su Santísima Madre.

Gracias también a todos los que habéis preparado mi visita cuidando todos los detalles. Gracias a los que, con tanto cariño, me habéis recibido en las calles de esta ciudad, a los que habéis venido desde lejos, a los que habéis escuchado y acogeréis el mensaje que os dejo, a los que rezáis tanto por mi ministerio de Sucesor de Pedro.

Al disponerme a dejar esta tierra bendita, me sale de muy dentro lo que dice la canción popular en lengua española: «Me voy, pero no me voy. Me voy, pero no me ausento, pues, aunque me voy, de corazón me quedo».

¡Méjico, Méjico, Méjico lindo, que Dios te bendiga!

Hagamos partícipes
de la tarea evangelizadora
a todas
las comunidades cristianas
para que proclamen
con entusiasmo
su fe
y la trasmitan íntegra
a las nuevas generaciones

Viaje apostólico a Polonia (16-19 de agosto de 2002)

La gracia de la misericordia

CONSTRUIR LA PATRIA SOBRE
LA JUSTICIA, EL AMOR Y LA PAZ

Ceremonia de bienvenida. Aeropuerto de Kraków-Balice (16 de agosto)

Señor Presidente de la República polaca; señor cardenal Primado; señor cardenal metropolitano de Cracovia; amadísimos hermanos y hermanas:

Saludo de nuevo a Polonia y a todos mis compatriotas. Lo hago con los mismos sentimientos de emoción y alegría que experimento cada vez que me encuentro en mi patria. Agradezco profundamente al señor Presidente las palabras de saludo que acaba de dirigirme, en su nombre y en el de las autoridades civiles de la República polaca. Agradezco al cardenal Franciszek Macharski, mi sucesor en la sede de Cracovia, las expresiones de benevolencia que me ha dirigido en nombre de la Iglesia metropolitana de Cracovia, tan cercana a mí, así como en nombre del episcopado polaco y de todo el pueblo de Dios que vive en nuestra patria.

Esta vez vengo sólo a Cracovia, pero con un saludo cordial abrazo a toda Polonia y a todos mis compatriotas. Saludo al señor cardenal Primado, a los demás cardenales, a los hermanos en el episcopado, a los sacerdotes, a los representantes de las familias religiosas masculinas y femeninas, a los seminaristas y a todos los fieles laicos. Saludo a los representantes de las autoridades estatales, encabezadas por el Presidente de la República, y locales, a los miembros del Cuerpo diplomático con su decano, el nuncio apostólico, y a las autoridades civiles de las ciudades de Cracovia, Kalwaria Zebrzydowska y Wadowice. Quiero saludar, de modo particular, a mi ciudad de Cracovia y a

Dios, rico en misericordia

es el lema

de esta peregrinación.

Es su proclama. Está tomado

de la encíclica *Dives in misericordia*,

pero aquí, en Cracovia,

en Lagiewniki, esta verdad tuvo su

revelación particular

toda la archidiócesis. Saludo al mundo de la ciencia y de la cultura, a los ambientes universitarios y a cuantos, con un trabajo intenso en la industria, en la agricultura y en los demás sectores, contribuyen a construir el esplendor material y espiritual de la ciudad y de la región.

Quiero abrazar a los niños y saludar cordialmente a los jóvenes. Agradezco a estos últimos el testimonio de fe que dieron hace pocos días en Toronto (Canadá), durante la inolvidable XVII Jornada Mundial de la Juventud. De modo particular, saludo a los que llevan el peso del sufrimiento: a los enfermos, a las personas solas, a los ancianos y a los que viven en la pobreza y en la indigencia. Durante estos días, seguiré encomendando vuestros sufrimientos a la misericordia de Dios, y a vosotros os pido que oréis para que mi ministerio apostólico sea fecundo y colme toda expectativa.

Me dirijo con respeto y deferencia a los hermanos obispos y a los fieles de la Iglesia ortodoxa y de la Iglesia evangélica luterana, y a los fieles de las otras Iglesias y comunidades eclesiales. Saludo a la comunidad de los judíos, a los seguidores del Islam y a todos los hombres de buena voluntad.

I Hermanos y hermanas, *Dios, rico en misericordia* es el lema de esta peregrinación. Es su proclama. Está tomado de la encíclica *Dives in misericordia*, pero aquí, en Cracovia, en Lagiewniki, esta verdad tuvo su revelación particular. Desde aquí, gracias al humilde servicio de una insólita testigo, santa Faustina, resuena el mensaje evangélico del amor misericordioso de Dios. Por eso, la primera etapa de mi peregrinación y el primer objetivo es la visita al santuario de la Misericordia divina. Me alegra tener la posibilidad de dedicar el nuevo templo, que se convierte en centro mundial del culto a Jesús misericordioso.

La misericordia de Dios se refleja en la misericordia de los hombres. Desde hace siglos, Cracovia se gloria de grandes personajes que, confiando en el amor divino, han testimoniado la misericordia con gestos concretos de amor al prójimo. Basta mencionar a santa Eduvigis de Wawel, a san Juan de Kety, al padre Piotr Skarga o, más cerca de nuestros tiempos, a san Alberto Chmielowski. Si Dios quiere, se unirán a ellos los siervos de Dios que elevaré a la gloria de los altares durante la santa misa en el par-

que Blonie. La beatificación de Segismundo Félix Felinski, Juan Beyzym, Sanzia Szymkowiak y Juan Balicki constituye la segunda finalidad de mi peregrinación. Espero desde ahora que estos nuevos Beatos, que dieron ejemplo de un servicio de misericordia, nos recuerden el gran don del amor de Dios, y nos dispongan a practicar diariamente el amor al prójimo.

Hay una tercera finalidad de la peregrinación, a la que quiero referirme ahora. Es la oración de acción de gracias por los 400 años del santuario de Kalwaria Zebrzydowska, al que estoy unido desde la infancia. Allí, por senderos recorridos en la oración, busqué la luz y la inspiración para mi servicio a la Iglesia que está en Cracovia y en Polonia, y allí tomé varias decisiones pastorales difíciles. Precisamente allí, entre el pueblo fiel y orante, recibí la fe que me guía también en la Sede de Pedro. Por intercesión de la Virgen de Kalwaria quiero dar gracias a Dios por este don.

La peregrinación y la meditación en el misterio de la misericordia divina no pueden realizarse sin referencia a los acontecimientos diarios de los que viven en Polonia. Por eso, con particular atención deseo ocuparme de ellos y encomendarlos a Dios, confiando en que Él multiplicará con sus bendiciones los éxitos, y que las dificultades y los problemas encontrarán feliz solución gracias a su ayuda.

Lo que acontece en Polonia me interesa mucho. Sé cuánto ha cambiado nuestra patria desde mi primera visita, en 1979. Ésta es una nueva peregrinación, durante la cual puedo observar cómo los polacos gestionan la libertad reconquistada. Estoy convencido de que nuestro país se dirige valientemente hacia nuevos horizontes de desarrollo en paz y prosperidad.

Me alegra que, con el espíritu de la doctrina social de la Iglesia, muchos de mis compatriotas se comprometan a construir la casa común de la patria sobre el fundamento de la justicia, el amor y la paz. Sé que muchos observan y valoran con mirada crítica el sistema, que pretende gobernar el mundo contemporáneo según una visión materialista del hombre. La Iglesia ha recordado siempre que no se puede construir un futuro feliz de la sociedad en la pobreza, la injusticia y el sufrimiento de un hermano. Los hombres que actúan según el espíritu de la ética social ca-

tólica no pueden permanecer indiferentes ante la condición de los que se quedan sin trabajo y viven en un estado de pobreza creciente, sin ninguna perspectiva de mejorar su situación y el futuro de sus hijos.

Sé que muchas familias polacas, sobre todo las más numerosas, muchos desempleados y personas ancianas soportan el peso de los cambios sociales y económicos. A todos ellos quiero decirles que comparto sus dificultades y su suerte. Comparto sus alegrías y sus sufrimientos, sus proyectos y sus compromisos, encaminados a un futuro mejor. Todos los días los sostengo en sus buenas intenciones con una ferviente oración.

A ellos y a todos mis compatriotas les traigo hoy el mensaje de la esperanza que brota de la Buena Nueva: Dios, rico en misericordia, revela todos los días en Cristo su amor. Él, Cristo resucitado, dice a cada uno y a cada una de vosotros: «¡No temas! Soy el primero y el último, el que vive; estuve muerto, pero ahora estoy vivo por los siglos de los siglos» (Ap 1, 17-18). Esta es la proclamación de la misericordia divina, que traigo hoy a mi patria y a mis compatriotas: ¡No temas! Confía en Dios, que es rico en misericordia. Cristo, el infalible Dador de la esperanza, está contigo.

Quiero disculparme de nuevo: el Presidente está de pie; el cardenal está de pie; y yo estoy sentado. Pido disculpas por esto, pero debo constatar también que me han creado aquí una barrera, que no me permite ponerme de pie.

Amadísimos hermanos y hermanas, espero que los tres días de mi estancia en la patria hagan renacer en nosotros una profunda fe en el poder de la misericordia de Dios; que nos unan aún más en el amor; que nos estimulen a la responsabilidad por la vida de todo hombre y de toda mujer, y por sus exigencias diarias; y que nos impulsen a la bondad y a la comprensión recíproca, para que estemos aún más cercanos en el espíritu de la misericordia. Que la gracia de la esperanza llene vuestros corazones.

Una vez más, saludo cordialmente a los presentes, y a todos los bendigo de corazón. Que Dios os bendiga.

Los hombres

que actúan según el espíritu de la ética social católica no pueden permanecer indiferentes ante la condición de los que se quedan sin trabajo

Oh inconcebible e insondable misericordia de Dios, ¿quién te puede adorar y exaltar de modo digno? Oh sumo atributo de Dios omnipotente, tú eres la dulce esperanza de los pecadores» (*Diario*, 951).

Amadísimos hermanos y hermanas:

Repito hoy estas sencillas y sinceras palabras de santa Faustina, para adorar juntamente con ella y con todos vosotros el misterio inconcebible e insondable de la misericordia de Dios. Como ella, queremos profesar que, fuera de la misericordia de Dios, no existe otra fuente de esperanza para el hombre. Deseamos repetir con fe: Jesús, confío en Ti.

De este anuncio, que expresa la confianza en el amor omnipotente de Dios, tenemos particularmente necesidad en nuestro tiempo, en el que el hombre se siente perdido ante las múltiples manifestaciones del mal. Es preciso que la invocación de la misericordia de Dios brote de lo más íntimo de los corazones llenos de sufrimiento, de temor e incertidumbre, pero, al mismo tiempo, en busca de una fuente infalible de esperanza. Por eso, venimos hoy aquí, al santuario de Lagiewniki, para redescubrir en Cristo el rostro del Padre: de Aquel que es *Padre misericordioso y Dios de toda consolación* (2 Co 1, 3). Con los ojos del alma deseamos contemplar los ojos de Jesús misericordioso, para descubrir en la profundidad de esta mirada el reflejo de su vida, así como la luz de la gracia que hemos recibido ya tantas veces, y que Dios nos reserva para todos los días y para el último día.

Estamos a punto de dedicar este nuevo templo a la Misericordia de Dios. Antes de este acto, quiero dar las gracias de corazón a los que han contribuido a su construcción. Doy las gracias, de modo especial, al cardenal Franciszek Macharski, que ha trabajado tanto por esta iniciativa, manifestando su devoción a la Misericordia divina. Abrazo con afecto a las Religiosas de la Bienaventurada Virgen María de la Misericordia, y les agradezco su obra de difusión del mensaje legado por santa Faustina. Saludo a los cardenales y a los obispos de Polonia, encabezados por el cardenal Primado, así como a los obispos procedentes de diversas partes del mundo. Me alegra la presencia de los sacerdotes diocesanos y religiosos, así como de los seminaristas.

Saludo de corazón a todos los que participan en esta celebración y, de modo particular, a los representantes de la Fundación del santuario de la Misericordia divina, que se ocupó de su construcción, y a los obreros de las diversas empresas. Sé que muchos de los aquí presentes han sostenido materialmente con generosidad esta construcción. Pido a Dios que recompense su magnanimidad y su compromiso con su bendición.

¡Hermanos y hermanas, mientras dedicamos esta nueva iglesia, podemos hacernos la pregunta que afligía al rey Salomón cuando estaba consagrando como morada de Dios el templo de Jerusalén: «¿Es que

verdaderamente habitará Dios con los hombres sobre la tierra? Si los cielos, y los cielos de los cielos, no pueden contenerte, ¡cuánto menos esta casa que yo te he construido!» (1 R 8, 27). Sí, a primera vista, vincular determinados *espacios* a la presencia de Dios podría parecer inoportuno. Sin embargo, es preciso recordar que el tiempo y el espacio pertenecen totalmente a Dios. Aunque el tiempo y todo el mundo pueden considerarse su *templo*, existen tiempos y lugares que Dios elige para que en ellos los hombres experimenten de modo especial su presencia y su gracia. Y la gente, impulsada por el sentido de la fe, acude a estos lugares, segura de ponerse verdaderamente delante de Dios, presente en ellos. Con este mismo espíritu de fe he venido a Lagiewniki, para dedicar este nuevo templo, convencido de que es un lugar especial elegido por Dios para derramar la gracia de su misericordia. Oro para que esta iglesia sea siempre un lugar de anuncio del mensaje sobre el amor misericordioso de Dios; un lugar de conversión y de penitencia; un lugar de celebración de la Eucaristía, fuente de la misericordia; un lugar de oración y de imploración asidua de la misericordia para nosotros y para el mundo. Oro con las palabras de Salomón: «Atiende a la plegaria de tu siervo y a su petición, Señor Dios mío, y escucha el clamor y la plegaria que tu siervo hace hoy en tu presencia, que tus ojos estén abiertos día y noche sobre esta casa. (...) Oye, pues, la plegaria de tu siervo y de tu pueblo Israel cuando oren en este lugar. Escucha tú desde el lugar de tu morada, desde el cielo, escucha y perdona» (1 R 8, 28-30).

Un toque del amor eterno

¡Pero llega la hora, ya está aquí, en que los adoradores verdaderos adorarán al Padre en Espíritu y en verdad, porque el Padre desea que le den culto así» (Jn 4, 23). Cuando leemos estas palabras de nuestro Señor Jesucristo en el santuario de la Misericordia divina, nos damos cuenta de modo muy particular de que no podemos presentarnos aquí si no es en Espíritu y en verdad. Es el Espíritu Santo, Consolador y Espíritu de verdad, quien nos conduce por los caminos de la misericordia divina. Él, convenciendo al mundo «en lo referente al pecado, en lo referente a la justicia y en lo referente al juicio» (Jn 16, 8), al mismo tiempo revela la plenitud de la salvación en Cristo. Este convencer en lo referente al pecado tiene lugar en una doble relación con la cruz de Cristo. Por una parte, el Espíritu Santo nos permite reconocer, mediante la cruz de Cristo, el pecado, todo pecado, en toda la dimensión del mal, que encierra y esconde en sí. Por otra, el Espíritu Santo nos permite ver, siempre mediante la cruz de Cristo, el pecado a la luz del *mysterium pietatis*, es decir, del amor misericordioso e indulgente de Dios (cf. *Dominum et vivificantem*, 32).

EN LA MISERICORDIA DE DIOS EL MUNDO ENCONTRARÁ LA PAZ

Homilía en el rito de consagración del santuario de la Misericordia divina. Cracovia-Lagiewniki (17 de agosto)

Y así, el *convencer en lo referente al pecado* se transforma, al mismo tiempo, en un convencer de que el pecado puede ser perdonado y el hombre puede corresponder de nuevo a la dignidad de hijo predilecto de Dios. En efecto, la cruz «es la inclinación más profunda de la Divinidad hacia el hombre (...) La cruz es como un toque del amor eterno sobre las heridas más dolorosas de la existencia terrena del hombre» (*Dives in misericordia*, 8). La piedra angular de este santuario, tomada del monte Calvario, en cierto modo de la base de la cruz en la que Jesucristo venció el pecado y la muerte, recordará siempre esta verdad.

Creo firmemente que en este nuevo templo las personas se presentarán siempre ante Dios en Espíritu y en verdad. Vendrán con la confianza que asiste a cuantos abren humildemente su corazón a la acción misericordiosa de Dios, al amor que ni siquiera el pecado más grande puede derrotar. Aquí, en el fuego del amor divino, los corazones arderán anhelando la conversión, y todo el que busque la esperanza encontrará alivio.

«Padre eterno, te ofrezco el Cuerpo y la Sangre, el alma y la divinidad de tu amadísimo Hijo, nuestro Señor Jesucristo, por los pecados nuestros y del mundo entero; por su dolorosa pasión, ten misericordia de nosotros y del mundo entero» (*Diario*, 476). *De nosotros y del mundo entero...* ¡Cuán necesaria es la misericordia de Dios para el mundo de hoy! En todos los continentes, desde lo más profundo del sufrimiento humano parece elevarse la invocación de la misericordia. Donde reinan el odio y la sed de venganza, donde la guerra causa el dolor y la muerte de los inocentes, se necesita la gracia de la misericordia para calmar las mentes y los corazones, y hacer que brote la paz. Donde no se respeta la vida y la dignidad del hombre se necesita el amor misericordioso de Dios, a cuya luz se manifiesta el inexprresable valor de todo ser humano. Se necesita la misericordia para hacer que toda injusticia en el mundo termine en el resplandor de la verdad.

Por eso hoy, en este santuario, quiero consagrar solemnemente el mundo a la Misericordia divina. Lo hago con el deseo ardiente de que el mensaje del amor misericordioso de Dios, proclamado aquí a través de santa Faustina, llegue a todos los habitantes de la tierra y llene su corazón de esperanza. Que este mensaje se difunda desde este lugar a toda nuestra amada patria y al mundo. Ojalá se cumpla la firme promesa del Señor Jesús: de aquí debe salir «la chispa que preparará al mundo para su última venida» (cf. *Diario*, 1.732). Es preciso encender esta chispa de la gracia de Dios. Es preciso transmitir al mundo este fuego de la misericordia. En la misericordia de Dios el mundo encontrará la paz, y el hombre, la felicidad. Os encomiendo esta tarea a vosotros, amadísimos hermanos y hermanas, a la Iglesia que está en Cracovia y en Polonia, y a todos los devotos

de la Misericordia divina que vengan de Polonia y del mundo entero. ¡Sed testigos de la misericordia!

Dios, Padre misericordioso, que has revelado tu amor en tu Hijo Jesucristo y lo has derramado sobre nosotros en el Espíritu Santo, Consolador, te encomendamos hoy el destino del mundo y de todo hombre. Inclínate hacia nosotros, pecadores; sana nuestra debilidad; derrota todo mal; haz que todos los habitantes de la tierra experimenten tu misericordia, para que en Ti, Dios uno y trino, encuentren siempre la fuente de la esperanza.

Padre eterno, por la dolorosa pasión y resurrección de tu Hijo, ten misericordia de nosotros y del mundo entero. Amén.

Donde reinan
el odio y la sed
de venganza, donde la guerra causa el
dolor
y la muerte de los inocentes, se necesita
la gracia de
la misericordia para calmar
las mentes y los corazones,
y hacer que brote la paz.
Se necesita
la misericordia para hacer
que toda injusticia en el mundo termine

TESTIGOS
DE LAMISERICORDIA
EN EL MUNDO DE HOY

**Homilía en la Misa de beatificación
de cuatro Siervos de Dios
de la nación polaca. Cracovia,
Explanada Blonia (18 de agosto)**

Éste es mi mandamiento: que os améis unos a otros como yo os he amado» (Jn 15, 12).

Amadísimos hermanos y hermanas: Estas palabras del Señor Jesús, que acabamos de escuchar, se inscriben de modo particular en el tema de esta asamblea litúrgica en la explanada Blonia de Cracovia: *Dios, rico en misericordia*. Este lema resume, en cierto modo, toda la verdad sobre el amor de Dios, que ha redimido a la humanidad. «Dios, rico en misericordia, por el grande amor con que nos amó, estando muertos a causa de nuestros pecados, nos vivificó juntamente con Cristo» (Ef 2, 4-5). La plenitud de este amor se reveló en el sacrificio de la cruz. En efecto: «Nadie tiene mayor amor que el que da la vida por sus amigos» (Jn 15, 13). Ésta es la medida del amor de Dios. Ésta es la medida de la misericordia de Dios.

Cuando somos conscientes de esta ver-

dad, nos damos cuenta de que la invitación de Cristo a amar a los demás, como Él nos ha amado a nosotros, nos propone a todos esta misma medida. En cierto modo, nos sentimos impulsados a ofrecer día a día nuestra vida, teniendo misericordia con nuestros hermanos, sirviéndonos del don del amor misericordioso de Dios. Nos damos cuenta de que Dios, concediéndonos misericordia, espera que seamos testigos de la misericordia en el mundo de hoy.

La invitación a testimoniar la misericordia resuena con singular elocuencia aquí, en la amada Cracovia, dominada por el santuario de la Misericordia divina de Lagiewniki y por el nuevo templo, que ayer tuve la alegría de consagrar. Aquí, esta invitación resuena familiar, porque recuerda la tradición secular de la ciudad, cuya característica particular ha sido siempre la disponibilidad a ayudar a las personas necesitadas. No se puede olvidar que de esta tradición forman parte numerosos santos y Beatos –sacerdotes, personas consagradas y laicos–, que dedicaron su vida a las obras de misericordia. Desde el obispo Estanislao, la reina Eduvigis, Juan de Kety y Piotr Skarga, hasta fray Alberto, Ángela Salawa y el cardenal Sapieha, las generaciones de los fieles de esta ciudad se han transmitido, a lo largo de los siglos, la herencia de la misericordia. Hoy esta herencia ha sido entregada en nuestras manos, y no debe caer en el olvido.

Doy las gracias al cardenal Franciszek Macharski, que, con sus palabras de saludo, ha querido recordarnos esta tradición. Agradezco la invitación a visitar mi Cracovia y la hospitalidad que me han brindado. Saludo a todos los presentes, comenzando por los cardenales y obispos, así como a los que participan en esta Eucaristía a través de la radio y la televisión.

Saludo a toda Polonia. Recorro idealmente el luminoso itinerario con el que santa Faustina Kowalska se preparó para acoger el mensaje de la misericordia –desde Varsovia, a través de Plock y Vilna, hasta Cracovia–, recordando también a cuantos en este itinerario cooperaron con ella, *apóstol de la misericordia*. Deseo saludar a nuestros huéspedes. Saludo al señor Presidente de la República polaca, al señor Primer Ministro, así como a los representantes de las autoridades estatales y territoriales. Abrazo con el corazón a mis compatriotas y, en particular, a los afligidos por el sufrimiento y la enfermedad; a cuantos atraviesan múltiples dificultades, a los desempleados, a los que no tienen un techo, a las personas de edad avanzada y solas, y a las familias con muchos hijos. Les aseguro que estoy cerca de ellos espiritualmente y los acompaño constantemente con la oración. Mi saludo se extiende a mis compatriotas esparcidos por el mundo. Saludo de corazón, asimismo, a los peregrinos que han venido aquí de diversos países de Europa y del mundo. Dirijo un saludo particular a los Presidentes de Lituania

nia y de Eslovaquia, aquí presentes.

Desde el comienzo de su existencia, la Iglesia, inspirándose en el misterio de la Cruz y de la Resurrección, predica la misericordia de Dios, prenda de esperanza y fuente de salvación para el hombre. Sin embargo, parece que hoy en particular es llamada a anunciar al mundo este mensaje. No puede descuidar esta misión, si Dios mismo la llama con el testimonio de santa Faustina.

Dios eligió para ello nuestro tiempo. Quizá porque el siglo XX, a pesar de los indiscutibles éxitos en muchos campos, ha quedado marcado, de modo particular, por el misterio de iniquidad. Con esta herencia de bien, pero también de mal, hemos entrado en el nuevo milenio. Ante la Humanidad se abren nuevas perspectivas de desarrollo y, al mismo tiempo, peligros hasta ahora inéditos. Amenudo el hombre vive como si Dios no existiera, e incluso se pone en el lugar de Dios. Se arroga el derecho del Creador de interferir en el misterio de la vida humana. Quiere decidir, mediante manipulaciones genéticas, la vida del hombre y determinar el límite de la muerte. Rechazando las leyes divinas y los principios morales, atenta abiertamente contra la familia. De varios modos intenta silenciar la voz de Dios en el corazón de los hombres; quiere hacer de Dios el *gran ausente* en la cultura y en la conciencia de los pueblos. El *misterio de iniquidad* sigue caracterizando la realidad del mundo.

Experimentado este misterio, el hombre vive el miedo del futuro, del vacío, del sufrimiento y del aniquilamiento. Quizá, precisamente por eso, es como si Cristo, mediante el testimonio de una humilde religiosa, hubiera entrado en nuestro tiempo para indicar claramente la fuente de alivio y esperanza que se encuentra en la misericordia eterna de Dios. Es preciso hacer que el mensaje del amor misericordioso resuene con nuevo vigor. El mundo necesita este amor. Ha llegado la hora de difundir el mensaje de Cristo a todos: especialmente a aquellos cuya humanidad y dignidad parecen perderse en el *mysterium iniquitatis*. Ha llegado la hora en la que el mensaje de la misericordia divina derrame en los corazones la esperanza y se transforme en chispa de una nueva civilización: la civilización del amor.

Un anuncio incansable

La Iglesia desea anunciar incansablemente este mensaje, no sólo con palabras fervientes, sino también con una práctica solícita de la misericordia. Por eso indica ininterrumpidamente ejemplos estupendos de personas que, en nombre del amor a Dios y al hombre, *han ido y han dado fruto*. Hoy añade a ellos cuatro nuevos Beatos. Son diversos los tiempos en los que vivieron, y son diversas sus historias personales. Pero los une ese rasgo particular de santidad que es la entrega a la causa de la misericordia.

El Beato Segismundo Félix Felinski, ar-

zobispo de Varsovia, en un período difícil, marcado por la falta de libertad nacional, invitó a perseverar en el servicio generoso a los pobres y a abrir instituciones educativas y caritativas. Él mismo fundó un orfanato y una escuela, y llamó a la capital a las Religiosas de la Bienaventurada Virgen María de la Misericordia, sosteniendo la obra iniciada por ellas. Tras la caída de la insurrección de 1863, guiado por sentimientos de misericordia hacia los hermanos, defendió abiertamente a los perseguidos. El precio que pagó por esa fidelidad fue la deportación a Rusia, la cual duró veinte años. También allí siguió ayudando a las personas pobres y extraviadas, mostrándoles gran amor, paciencia y comprensión. Se ha escrito de él que, «durante su exilio, oprimido por todas partes, en la pobreza de la oración, permaneció siempre solo al pie de la cruz, encomendándose a la misericordia divina».

Es un ejemplo de ministerio pastoral que hoy, de modo especial, quiero confiar a mis hermanos en el episcopado. Queridos hermanos, el arzobispo Felinski sostiene nuestros esfuerzos por elaborar y aplicar un programa pastoral de la misericordia. Que este programa constituya vuestro compromiso, ante todo en la vida de la Iglesia, y luego, como es necesario y oportuno, en la vida social y política de la nación, de Europa y del mundo.

Impulsado por este espíritu de caridad social, el arzobispo Felinski se comprometió profundamente en la defensa de la libertad nacional. Esto es necesario también hoy, cuando diversas fuerzas, guiadas a menudo por una falsa ideología de libertad, tratan de apropiarse de este terreno. Cuando una ruidosa propaganda de liberalismo, de libertad sin verdad y responsabilidad, se intensifica también en nuestro país, los pastores de la Iglesia no pueden dejar de anunciar la única e infalible filosofía de la libertad que es la verdad de la cruz de Cristo. Esta filosofía de libertad está unida estructuralmente a la historia de nuestra nación.

El mayor don de la misericordia

El deseo de llevar la misericordia a las personas más necesitadas impulsó al Beato Juan Beyzym, jesuita, gran misionero, al lejano Madagascar, donde, por amor a Cristo, dedicó su vida a los leprosos. Sirvió día y noche a los que vivían marginados y excluidos de la vida de la sociedad. Con sus obras de misericordia en favor de personas abandonadas y despreciadas, dio un testimonio extraordinario. Testimonio que primero resonó en Cracovia, después en Polonia y, por último, entre los polacos en el extranjero. Se recogieron fondos para construir un hospital dedicado a la Virgen de Czestochowa, que existe todavía hoy. Uno de los promotores de esa ayuda fue el santo fray Alberto. Me alegra que ese espíritu de solidaridad en la misericordia siga vivo en la

Iglesia polaca; lo demuestran las numerosas obras de ayuda a las comunidades damnificadas por catástrofes naturales en diversas regiones del mundo, así como la reciente iniciativa de adquirir la sobreproducción de cereales para destinarla a los que sufren hambre en África. Espero que esta noble idea se realice.

La obra caritativa del Beato Juan Beyzym estaba inscrita en su misión fundamental: llevar el Evangelio a los que no lo conocen. He aquí el mayor don de misericordia: llevar a los hombres hacia Cristo y permitirles conocerlo y gustar su amor. Por eso, os pido: orad para que en la Iglesia en Polonia nazcan vocaciones misioneras. Sostened siempre a los misioneros con la ayuda y con la oración.

El servicio a la misericordia caracterizó la vida del Beato Juan Balicki. Como sacerdote tuvo siempre un corazón abierto a las personas necesitadas. Su ministerio de misericordia, además de la ayuda a los enfermos y a los pobres, se expresó con particular energía mediante el ministerio del confesor, lleno de paciencia y humildad, siempre abierto a acercar de nuevo al pecador arrepentido al trono de la gracia divina. Al recordarlo, quisiera decir a los sacerdotes y a los seminaristas: os ruego, hermanos, que no olvidéis que, en cuanto dispensadores de la misericordia divina, tenéis una gran responsabilidad; acordaos también de que Cristo mismo os conforta con la promesa transmitida a través de santa Faustina: «Di a mis sacerdotes que los pecadores empedernidos se enternecerán con sus palabras, cuando hablen de mi infinita misericordia y de la compasión que siento por ellos en mi Corazón» (*Diario*, 1.521).

La obra de la misericordia trazó el itinerario de la vocación religiosa de la Beata Sanzia Szymkowiak, religiosa *Seráfica*. Ya en su familia aprendió a amar intensamente al Sagrado Corazón de Jesús, y con este espíritu fue muy bondadosa con todos, especialmente con los más pobres y necesitados. Empezó a llevar ayuda a los pobres, primero como miembro de la Asociación mariana y de la Asociación de la Misericordia de San Vi-

Lo que acontece en Polonia me interesa mucho. Sé cuánto ha cambiado nuestra patria desde mi primera visita, en 1979. Puedo observar cómo los polacos gestionan la libertad reconquistada. Estoy convencido de que nuestro país se dirige valientemente hacia nuevos horizontes de desarrollo en paz y prosperidad

cente; después, una vez abrazada la vida religiosa, se dedicó al servicio de los demás con mayor fervor. Aceptó los tiempos difíciles de la ocupación nazi como ocasión para consagrarse completamente a las personas necesitadas. Consideraba su vocación religiosa como un don de la misericordia divina.

Al saludar a la congregación de la Bienaventurada Virgen María de los Dolores –las religiosas *Seráficas*–, me dirijo a todas las religiosas y personas consagradas. Que la Beata Sanzia sea vuestro ejemplo, vuestra patrona. Haced vuestro su testamento espiritual, condensado en una frase sencilla: «Si

Quisiera decir a los sacerdotes y seminaristas: os ruego, hermanos, que no olvidéis que, en cuanto dispensadores de la misericordia divina, tenéis una gran responsabilidad

uno se dedica a Dios, es preciso entregarse hasta perderse totalmente».

I Hermanos y hermanas, al contemplar las figuras de estos Beatos, quiero recordar una vez más cuanto escribí en la encíclica sobre la misericordia divina: «El hombre alcanza el amor misericordioso de Dios, en misericordia, en

cuanto él mismo interiormente se transforma en el espíritu de tal amor hacia el prójimo» (*Dives in misericordia*, 14). Ojalá redescubramos en este camino, cada vez más profundamente, el misterio de la misericordia divina y lo vivamos diariamente.

Ante las formas modernas de pobreza que, me consta, no faltan en nuestro país, se necesita hoy –como la definí en la carta *No vo millennio ineunte*– una *creatividad de la caridad* según el espíritu de solidaridad con el prójimo, de modo que la ayuda sea testimonio de un *compartir fraterno* (cf. n. 50). Que no falte esta *creatividad* a los habitantes de Cracovia y de toda nuestra patria. Que con ella se trace el programa pastoral de la Iglesia en Polonia. Ojalá que el mensaje de la misericordia de Dios se refleje siempre en las obras de misericordia del hombre.

Hace falta esta mirada de amor para darnos cuenta de que el hermano que está a nuestro lado, con la pérdida de su trabajo, de su casa, de la posibilidad de mantener dignamente a su familia y de dar instrucción a sus hijos, experimenta un sentimiento de abandono, extravío y desconfianza. Hace falta la *creatividad de la caridad* para ayudar a un niño no atendido material y espiritualmente; para no volver la espalda al muchacho o a la muchacha arrastrados por el mundo de las diversas dependencias o del crimen; para dar consejo, consuelo y ayuda espiritual y moral a quien emprende una lucha interior contra el mal. Que no falte jamás la *creatividad* cuando una

persona necesitada suplique: «Danos hoy nuestro pan de cada día». Que, gracias al amor fraterno, no falte jamás este pan. «Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia» (Mt 5, 7).

I Durante mi primera peregrinación a nuestra patria, en 1979, aquí en *Blonia* dije que, «cuando somos fuertes con el espíritu de Dios, somos también fuertes en la fe en el hombre, fuertes en la fe, la esperanza y la caridad, que son indisolubles, y estamos dispuestos a dar testimonio por la causa del hombre ante aquel que está verdaderamente interesado en esta causa». Por eso, os pedí: «No despreciéis jamás la caridad, que es la cosa *más grande* que se ha manifestado a través de la cruz, y sin la cual la vida humana no tiene raíz ni sentido» (*Homilía en la misa de clausura del Jubileo de san Estanislao*, 10 de junio de 1979).

Hermanos y hermanas, hoy os repito esta invitación: abrid al don mayor de Dios, a su amor que, mediante la cruz de Cristo, se ha manifestado al mundo como amor misericordioso. Hoy, que vivimos en otros tiempos, en el alba del nuevo siglo y milenio, seguid estando *dispuestos a dar testimonio por la causa del hombre*. Hoy, con toda mi fuerza, pido a los hijos y a las hijas de la Iglesia y a los hombres de buena voluntad que no separen jamás la *causa del hombre* del amor de Dios. Ayudad al hombre moderno a experimentar el amor misericordioso de Dios. Que en su resplandor y calor salve su humanidad.

**FIDELIDAD A DIOS,
RICO EN MISERICORDIA**

**Ángelus. Cracovia, Explanada Blonia
(18 de agosto)**

Antes de concluir la liturgia con la plegaria del *Ángelus*, quiero dirigirme a los jóvenes. Lamentablemente, durante esta visita no ha sido posible tener un encuentro especial con ellos, a los que he visto a lo largo del recorrido de la peregrinación. Sé que está aquí presente un grupo numeroso de miembros del movimiento *Luz y vida*, que han pasado la noche en oración en la iglesia de San Pedro y San Pablo, en la parroquia de Todos los Santos, para encontrarse con el Papa durante esta santa misa solemne. Recuerdo que hace exactamente treinta años, el 16 de agosto, en Blyszcz, cerca de Tylmanowa, a orillas del río Dunajec, participé en los así llamados *Días de comunión*. Dije entonces que me era familiar el estilo de vida propuesto a los jóvenes por el siervo de Dios padre Francisco Blachnicki. Y nunca he cambiado de idea. Doy gracias a Dios por este movimiento, que durante los años difíciles del pasado dio tantos frutos espirituales en el corazón de los jóvenes, y hoy constituye un ambiente estimulante para el crecimiento espiritual de la juventud y de las familias. Amados miembros del *Oasis*, cuando era obispo de Cracovia traté de sosteneros con mi presencia; como obis-

po de Roma, sigo acompañándoos ininterrumpidamente con la oración y la cercanía espiritual. Que el amor a la Eucaristía y a la Biblia ilumine siempre con luz divina los senderos de vuestra vida.

Saludo asimismo a los miembros de la Asociación católica de la juventud, así como a los scouts. También a vosotros os encomiendo incesantemente a la protección de la Madre santísima. Que Dios os bendiga a todos.

Amadísimos jóvenes amigos, recientemente en Toronto (Canadá), se celebró el encuentro especial de los jóvenes de todo el mundo, que tiene lugar cada dos años, llamado Jornada Mundial de la Juventud. Fue un acontecimiento maravilloso, vivido con espíritu de fe; la fe es el fundamento sólido del entusiasmo de las aspiraciones y de los propósitos juveniles. Como ya he dicho, a orillas del lago Ontario revivimos la experiencia de la gente de Galilea, a la que Jesús entregó el mensaje de las Bienaventuranzas en la ribera del lago de Tiberíades. Hoy evoco esa experiencia, teniendo presente el mensaje sobre la misericordia divina. A través de santa Faustina Dios os lo entrega a vosotros, para que a su luz comprendáis mejor lo que quiere decir ser pobres de espíritu, misericordiosos, constructores de paz, hambrientos y sedientos de justicia y, por último, perseguidos a causa del nombre de Jesús. En todo tiempo se necesita el testimonio de hombres que vivan según las Bienaventuranzas.

También se necesita hoy. Pido a Dios que vuestra vida, vivida según esta exigente medida divina, represente un testimonio atractivo de la misericordia en nuestro tiempo. Recordad que Cristo os envuelve incesantemente en su amor misericordioso. Que esta certeza os llene de paz y os conduzca por los difíciles senderos de la cotidianidad.

Deseo saludar también, de modo especial, a los miembros de la Asociación Amigos de los leprosos, del padre Juan Beyzym, que continúa con fruto su misión de ayuda a los leprosos. Os pido que no cese jamás vuestra obra de misericordia, y que vuestro Patrono os sostenga. Saludo

Hace falta esta mirada de amor para darnos cuenta de que el hermano que está a nuestro lado, con la pérdida de su trabajo, de su casa, de la posibilidad de mantener dignamente a su familia y de dar instrucción a sus hijos, experimenta un sentimiento de abandono, extravío y desconfianza. Hace falta la *creatividad de la caridad*

Recordad que Cristo os envuelve incesantemente en su amor misericordioso. Que esta certeza os llene de paz y os conduzca por los difíciles senderos de la cotidianidad

también a los que han encontrado lugar al pie de la colina de Kosciuszko y en Aleje.

Saludo a los peregrinos de la archidiócesis de Varsovia, guiados por el cardenal Primado. La beatificación del arzobispo Segismundo Félix Felinski se ha celebrado en Cracovia, porque

aquí terminó su vida, pero siempre será el patrono de vuestra archidiócesis, a la que sirvió por un breve período, pero dejando una huella indeleble de su profunda espiritualidad. Por su intercesión, invoco prosperidad para la capital y para todos sus habitantes.

No puedo olvidar la archidiócesis de Przemysl, que hoy se alegra porque ha sido elevado a la gloria de los altares el padre Juan Balicki. Saludo al arzobispo Józef, al clero y a los fieles, y pido a Dios que el culto del nuevo Patrono dé abundantes frutos de gracia en el corazón de todos.

Saludo a los padres jesuitas, con su Preósito General. Hoy tenéis a un nuevo beato: Juan Beyzym. Que su entrega a la causa de Dios y del hombre necesitado sea un ejemplo que os estimule a emprender siempre nuevas tareas, según las exigencias de los tiempos.

Ya he recordado a las religiosas *Seráficas* y a las Religiosas de la Bienaventurada Virgen María de la Misericordia: las saludo una vez más, deseándoles que aumenten su número y sus méritos ante Dios y ante los hombres.

Como la respiración oculta de la patria

Por último, hay que atender a los huéspedes, que han venido de varias partes del mundo. Permitidme, por tanto, saludar a los peregrinos procedentes de Lituania, Rusia, Ucrania, Bielorrusia, Uzbekistán, Eslovaquia, República Checa, Hungría, Italia, Austria, Canadá, Inglaterra, Francia, Alemania, Suecia, Suiza, Estados Unidos y de los otros países. Su presencia testimonia que el culto a la Misericordia divina se difunde en toda la tierra. ¡Gracias a Dios! Estoy convencido de que ellos llevarán este mensaje a sus familiares y a los ambientes en los que viven. Oro para que éste sea un don de esperanza y paz para todos los hombres de buena voluntad.

Deseo saludar también en diversas lenguas a nuestros huéspedes. Saludo ahora a los fieles lituanos. Queridos hermanos, os exhorto a sacar siempre de la oración la fuer-

za para adheriros fielmente al Evangelio, convirtiéndoos en auténticos testigos de la misericordia de Dios. Él es el camino, la verdad y la vida para todo hombre y para todos los pueblos. Os bendigo de corazón.

Saludo con afecto a los fieles de la Federación Rusa. Queridos hermanos, tened fija la mirada en Cristo. Él da a cada uno la energía necesaria para responder a los desafíos de nuestro tiempo. Escuchad la voz de Dios, que os llama a ser sus hijos y templos del Espíritu del amor. Os bendigo a todos y cada uno.

Saludo cordialmente a los obispos católicos de Bielorrusia, todos aquí presentes, y a los fieles que los acompañan. Les doy las gracias con afecto y les deseo a cada uno todo bien en el Señor.

Dirijo un cordial saludo a los peregrinos procedentes de Ucrania. Que el ejemplo de los nuevos Beatos y la intercesión materna de María susciten en cada uno una renovada fidelidad a Dios, rico en misericordia, y un amor cada vez más generoso a los hermanos. A todos os bendigo.

Dirijo un cordial saludo a los peregrinos procedentes de Eslovaquia. Dios, rico en misericordia, por intercesión de los nuevos Beatos y de María santísima, suscite en vuestro corazón un renovado amor, una fidelidad continua a Cristo Señor y una generosa caridad con el prójimo. A todos mi bendición particular.

Un cordial saludo a los peregrinos procedentes de la República Checa: Dios, rico en misericordia, os proteja y bendiga a vosotros y vuestra querida patria. ¡Alabado sea Jesucristo!

Saludo con afecto a los peregrinos de Uzbekistán y aprovecho su presencia para enviar a todo el pueblo uzbeko la seguridad de mi cercanía espiritual.

Saludo cordialmente a los fieles húngaros. Confiad en la misericordia de Dios, porque su misericordia es inagotable. ¡Alabado sea Jesucristo!

Saludo cordialmente a los peregrinos de lengua francesa. Cristo Salvador, que ha revelado plenamente la misericordia infinita del Padre a todos los hombres, os convierta en ardientes testigos de esperanza y paz. Con la bendición apostólica.

Me complace saludar a los peregrinos procedentes de Inglaterra, Canadá y Estados Unidos presentes en la misa de hoy. Dios, rico en misericordia, os conce-

da toda bendición celestial a vosotros y a vuestras familias.

Saludo cordialmente a todos los peregrinos de lengua alemana. La misericordia de Dios es grande. Confiad en ella. Os imparto de buen grado la bendición apostólica.

Un cordial saludo a los peregrinos italianos aquí presentes y a los que están unidos a nosotros a través de la radio y la televisión. Que María y los nuevos Beatos os ayuden a cada uno a seguir fielmente a Dios, rico en misericordia, y a amar generosamente a los hermanos. Imparto a todos mi bendición.

Y ahora encomendemos todas nuestras intenciones a la Madre de Dios, Madre de misericordia.

Para concluir, quisiera añadir que precisamente este canto de los *Oasis* me acompañó fuera de mi patria hace 23 años. Lo tenía en mis oídos durante el cónclave. Y este canto de los *Oasis* lo he tenido presente durante todos estos años. Era como la respiración oculta de la patria. Era también una guía en medio de los diversos caminos de la Iglesia. Yeste canto me ha traído muchas veces espiritualmente aquí, a *Blonia* de Cracovia, al pie de la colina de Kosciuszko.

Te doy gracias, canto de los *Oasis*. Te doy gracias, *Blonia* de Cracovia, por tu hospitalidad, demostrada tantas veces y también hoy. Que Dios te lo pague. Quisiera añadir: ¡Hasta la vista! Pero esto está completamente en las manos de Dios. Encomiendo esto entera-mente a la misericordia de Dios.

REINA Y MADRE DE MISERICORDIA

Homilía en el IV Centenario del santuario de la Virgen de Kalwaria. Kalwaria Zebrzydowska (19 de agosto)

Dios te salve, Reina y Madre de misericordia; vida, dulzura y esperanza nuestra, Dios te salve».

Amadísimos hermanos y hermanas:

Vengo hoy a este santuario como peregrino, como venía cuando era niño y en edad juvenil. Me presento ante la Virgen de Kalwaria al igual que cuando venía como obispo de Cracovia para encomendarle los problemas de la archidiócesis y de quienes Dios había confiado a mi cuidado pastoral. Vengo aquí y, como entonces, repito: Dios te salve, Reina y Madre de misericordia. ¡Cuántas veces he experimentado que la Madre del Hijo de Dios dirige sus ojos misericordiosos a las preocupaciones del hombre afligido y le obtiene la gracia de resolver problemas difíciles, y él, pobre de fuerzas, se asombra por la fuerza y la sabiduría de la Providencia divina! ¿No lo han experimentado, acaso, también generaciones enteras de peregrinos que acuden aquí desde hace cuatrocientos años? Ciertamente sí. De lo contrario, no tendría lugar hoy esta celebración. No estaríais aquí vosotros, queridos herma-

Ante la Humanidad se abren nuevas perspectivas de desarrollo y, al mismo tiempo, peligros hasta ahora inéditos. A menudo el hombre vive como si Dios no existiera, e incluso se pone en el lugar de Dios

¡Cuántas veces he experimentado que la madre del Hijo de Dios dirige sus ojos misericordiosos a las preocupaciones del hombre afligido y le obtiene la gracia de resolver problemas difíciles

nos, que recorriéramos los senderos de Kalwaria, siguiendo las huellas de la pasión y de la cruz de Cristo y el itinerario de la compasión y de la gloria de su Madre. Este lugar, de modo admirable, ayuda al corazón y a la mente a penetrar en el misterio del vínculo que unió al Salvador que padecía y a su Madre que compadecía. En el centro de este misterio de amor,

el que viene aquí se encuentra a sí mismo, encuentra su vida, su cotidianidad, su debilidad y, al mismo tiempo, la fuerza de la fe y de la esperanza: la fuerza que brota de la convicción de que la Madre no abandona al hijo en la desventura, sino que lo conduce a su Hijo y lo encomienda a su misericordia.

¡«Junto a la cruz de Jesús estaban su madre y la hermana de su madre, María, mujer de Cleofás, y María Magdalena» (Jn 19, 25). Aquella que estaba unida al Hijo de Dios por vínculos de sangre y de amor materno, allí, al pie de la cruz, vivía esa unión en el sufrimiento. Ella sola, a pesar del dolor del corazón de madre, sabía que ese sufrimiento tenía un sentido. Tenía confianza —confianza a pesar de todo— en que se estaba cumpliendo la antigua promesa: «Pondré enemistad entre ti y la mujer, y entre tu linaje y su linaje: él te pisará la cabeza mientras tú acechas su calcañar» (Gn 3, 15). Y su confianza fue confirmada cuando el Hijo agonizante se dirigió a ella: «¡Mujer!» En aquel momento, al pie de la cruz, ¿podía esperar que tres días después la promesa de Dios se cumpliría? Esto será siempre un secreto de su corazón. Sin embargo, sabemos una cosa: ella, la primera entre todos los seres humanos, participó en la gloria del Hijo resucitado. Ella —como creemos y profesamos— fue elevada al cielo en cuerpo y alma para experimentar la unión en la gloria, para alegrarse junto al Hijo por los frutos de la misericordia divina y obtenerlos para los que buscan refugio en ella.

¡El vínculo misterioso de amor. ¡Cuán espléndidamente lo expresa este lugar! La historia afirma que, a comienzos del siglo XVII, Mikolaj Zebrzydowski, fundador del santuario, puso los cimientos para construir la capilla del Gólgota, según el modelo de la iglesia de la Crucifixión de Jerusalén. De ese modo, deseaba sobre todo hacer que el misterio de la pasión y la muerte de Cristo fuera más cercano a sí mismo y a los demás. Sin embargo, más tarde, proyectando la

construcción de las calles de la pasión del Señor, desde el Cenáculo hasta el sepulcro de Cristo, impulsado por la devoción mariana y la inspiración de Dios, quiso poner en aquel itinerario algunas capillas que evocaran los acontecimientos de María. Así surgieron otros senderos y una nueva práctica religiosa, en cierto modo como complemento del *Vía crucis*: la devoción llamada *Vía de la compasión* de la Madre de Dios y de todas las mujeres que sufrieron juntamente con ella. Desde hace cuatro siglos se suceden generaciones de peregrinos que recorren aquí las huellas del Redentor y de su Madre, tomando abundantemente de ese amor que resistió a los sufrimientos y a la muerte, y culminó en la gloria del cielo.

Un lugar clave para Polonia

Durante estos siglos, los peregrinos han estado acompañados fielmente por los padres franciscanos, llamados *Bernardin*os, encargados de la asistencia espiritual del santuario de Kalwaria. Hoy quiero expresarles mi gratitud por esta predilección por Cristo que padeció, y por su Madre, que compadeció; una predilección que con fervor y entrega infunden en el corazón de los peregrinos. Amadísimos padres y hermanos *Bernardin*os, que Dios os bendiga en este ministerio, ahora y en el futuro.

¡En 1641 el santuario de Kalwaria fue enriquecido con un don particular. La Providencia dirigió hacia Kalwaria los pasos de Stanislaw Paszkowski, de Brzeznie, para que encomendara a la custodia de los padres *Bernardin*os la imagen de la Madre santísima, ya famosa por sus gracias cuando se hallaba en la capilla de familia. Desde entonces, y especialmente desde el día de la coronación, realizada en 1887 por el obispo de Cracovia Albin Sas Dunajewski, con el beneplácito del Papa León XIII, los peregrinos terminan su peregrinación por las sendas delante de ella. Al inicio venían aquí de todas las partes de Polonia, pero también de Lituania, de la Rus', de Eslovaquia, de Bohemia, de Hungría, de Moravia y de Alemania. Se han encariñado particularmente con ella los habitantes de Silesia, que han ofrecido la corona a Jesús y, desde el día de la coronación, todos los años participan en la procesión el día de la Asunción de la santísima Virgen María.

¡Cuán importante ha sido este lugar para la Polonia dividida por las reparticiones! Lo expresó monseñor Dunajewski, que posteriormente llegó a ser cardenal, durante la coronación, rezando así: «En este día María fue elevada al cielo y coronada. Al celebrarse el aniversario de este día, todos los santos ponen sus coronas a los pies de su Reina, y también hoy el pueblo polaco trae las coronas de oro, para que las manos del obispo las pongan sobre la frente de María en esta imagen milagrosa. Recompénsanos por esto, oh Madre, para que seamos uno entre nosotros y contigo». Así rezaba por la unifica-

ción de la Polonia dividida. Hoy, después de que ha llegado a ser una unidad territorial y nacional, las palabras de aquel pastor no sólo conservan su actualidad, sino que, además, adquieren un significado nuevo. Es preciso repetir las hoy, pidiendo a María que nos obtenga la unidad de la fe, la unidad del espíritu y del pensamiento, la unidad de las familias y la unidad social. Por esto ruego hoy con vosotros: haz, oh Madre de Kalwaria, que seamos uno entre nosotros y contigo.

¡«Ea, pues, Señora, abogada nuestra, vuelve a nosotros esos tus ojos misericordiosos y, después de este destierro, muéstranos a Jesús, fruto bendito de tu vientre. ¡Oh clementísima! ¡Oh piadosa! ¡Oh dulce Virgen María!»

Dirige, oh Señora de las gracias, tu mirada a este pueblo que, desde hace siglos, permanece fiel a ti y a tu Hijo.

Dirige la mirada a esta nación, que siempre ha puesto su esperanza en tu amor de Madre.

Dirige a nosotros la mirada, esos tus ojos misericordiosos, y obténnos lo que tus hijos más necesitan.

Abre el corazón de los ricos a las necesidades de los pobres y de los que sufren.

Haz que los desempleados encuentren trabajo.

Ayuda a los que se han quedado en la calle a encontrar una vivienda.

Dona a las familias el amor que permite superar todas las dificultades.

Indica a los jóvenes el camino y las perspectivas para el futuro.

Envuelve a los niños con el manto de tu protección, para que no sufran escándalo.

Anima a las comunidades religiosas con la gracia de la fe, de la esperanza y de la caridad.

Haz que los sacerdotes sigan las huellas de tu Hijo dando cada día la vida por las ovejas.

Obtén para los obispos la luz del Espíritu Santo, para que guíen la Iglesia en estas tierras hacia el reino de tu Hijo por un camino único y recto.

Madre santísima, nuestra Señora de Kalwaria, obtén también para mí las fuerzas del cuerpo y del espíritu, para que pueda cumplir hasta el fin la misión que me ha encomendado el Resucitado.

En ti pongo todos los frutos de mi vida y de mi ministerio; a ti encomiendo el destino de la Iglesia; a ti entrego mi nación; en ti confío y te declaro una vez más: *Totus tuus, María! Totus tuus. Amén.*

Pido a María que nos obtenga la unidad de la fe, la unidad del espíritu y del pensamiento, la unidad de las familias y la unidad social

No dejéis de orar por mí

(Palabras del Santo Padre al final de la misa en el santuario de Kalwaria:)

Está a punto de concluir mi peregrinación a Polonia, a Cracovia. Me alegra que esta visita culmine precisamente en Kalwaria, a los pies de María. Una vez más deseo encomendar a su protección a vosotros, aquí reunidos, a la Iglesia en Polonia y a todos los compatriotas. Que su amor sea fuente de abundantes gracias para nuestro país y para sus habitantes.

Cuando visité este santuario en 1979, os pedí que orarais por mí mientras viva y después de mi muerte. Hoy os doy las gracias a vosotros y a todos los peregrinos de Kalwaria por estas oraciones, por el apoyo espiritual que recibo continuamente. Y sigo pidiéndoo: no dejéis de orar –lo repito una vez más– mientras viva y después de mi muerte. Y yo, como siempre, os pagaré vuestra benevolencia encomendándoos a todos a Cristo misericordioso y a su Madre.

LAMISERICORDIA, LUZ DE LA ESPERANZA

Ceremonia de despedida. Aeropuerto de Kraków-Balice (19 de agosto)

«Polonia, mi amada patria, (...) Dios te eleva y te trata de modo particular, pero muéstrale tu agradecimiento por ello» (*Diario*, 1.038). Con estas palabras, tomadas del *Diario* de santa Faustina, deseo despedirme de vosotros, queridos hermanos y hermanas, compatriotas míos.

En el momento en que debo volver al Vaticano, dirijo una vez más, con gran alegría, mi mirada a todos vosotros y doy gracias a Dios, que me ha permitido estar nuevamente en la patria. Con el pensamiento repaso las etapas de la peregrinación de estos tres días: Lagiewniki, Blonia de Cracovia y Kalwaria Zebrzydowska. Conservo en la memoria la multitud de fieles que oran, testimonio de la fe de la Iglesia en Polonia y de su confianza en el poder de la misericordia de Dios. Al despedirme, quiero saludaros a todos, queridos compatriotas. Han sido numerosos los que me han esperado, los que han querido encontrarse conmigo. No todos lo han logrado. Quizá la próxima vez...

A las familias polacas les deseo que encuentren en la oración la luz y la fuerza para cumplir sus deberes, sembrando en todo ambiente el mensaje del amor misericordioso. Dios, fuente de la vida, os bendiga cada día. Saludo a aquellos con quienes me he encontrado personalmente a lo largo de mi peregrinación y a los que han participado en los encuentros del viaje apostólico a través de los medios de comunicación social. En particular, doy gracias a los enfermos y a las personas ancianas por sostener mi misión con la oración y con el sufrimiento. Les deseo que la unión espiritual con Cristo misericordioso sea para ellos fuente de alivio en

sus sufrimientos físicos y espirituales.

Abrazo con la mirada del alma a toda mi amada patria. Me alegran sus éxitos, sus buenas aspiraciones y sus valientes iniciativas. He hablado con inquietud de las dificultades y de cuánto cuestan los cambios, que afectan dolorosamente a los más pobres y a los más débiles, a los desempleados, a los que carecen de un techo y a los que se ven obligados a vivir en condiciones cada vez más difíciles y en la incertidumbre del futuro.

Al partir, quiero encomendar estas situaciones precarias de nuestra patria a la Providencia divina e invitar a los responsables de la gestión del Estado a ser siempre solícitos del bien de la República y de sus ciudadanos. Que reine entre vosotros el espíritu de misericordia, de solidaridad fraterna, de concordia y de auténtica atención al bien de la patria. Espero que, cultivando todos estos valores, la sociedad polaca, que desde hace siglos pertenece a Europa, encuentre una colocación adecuada en las estructuras de la Unión europea. Y que no sólo no pierda su identidad propia, sino que enriquezca su tradición, la del continente y de todo el mundo.

Los días de esta breve peregrinación me han brindado una ocasión para recordar y reflexionar profundamente. Doy gracias a Dios, que me ha dado la posibilidad de visitar Cracovia y Kalwaria Zebrzydowska. Le doy gracias por la Iglesia en Polonia, que, con espíritu de fidelidad a la cruz y al Evangelio, desde hace mil años comparte el destino de la nación, la sirve con celo y la sostiene en sus buenos propósitos y aspiraciones. Le doy gracias porque la Iglesia en Polonia permanece fiel a esta misión, y le pido que sea siempre así.

Deseo expresar mi gratitud a los que han contribuido al feliz desarrollo de la peregrinación. Doy las gracias una vez más al señor Presidente de la República polaca por la invitación y por el esmero puesto en la preparación de la visita. Agradezco al señor Primer Ministro la colaboración entre las autoridades civiles y los representantes de la Iglesia. Agradezco este gesto de buena voluntad.

Doy gracias a las autoridades administrativas, regionales y municipales –sobre todo de Cracovia y Kalwaria– por la benevolencia, la solicitud y el esfuerzo realizado. Que Dios recompense a cuantos se han empeñado en las diversas tareas litúrgicas y pastorales, al personal de la televisión, la radio y la prensa,

a los servicios del orden –militares, policíacos, bomberos y agentes sanitarios– y a los que han contribuido de cualquier modo al desarrollo de la peregrinación. No quiero olvidarme de nadie; por eso, repito una vez más de corazón: que Dios os recompense.

Me dirijo con particular gratitud al pueblo de Dios en Polonia. Agradezco a la Conferencia Episcopal Polaca y, ante todo, al cardenal Primado, la invitación que me ha hecho, la preparación espiritual de los fieles y el esfuerzo organizativo que mi peregrinación ha entrañado. Dirijo especiales palabras de gratitud a los sacerdotes, a los seminaristas y a las religiosas. Gracias por la preparación de la liturgia y por el acompañamiento de los fieles durante nuestros encuentros. Gracias a toda la Iglesia en Polonia por la perseverancia común en la oración, por la cariñosa acogida y por todas las manifestaciones de benevolencia. Cristo misericordioso recompense abundantemente vuestra generosidad con su bendición.

Entre las expresiones de agradecimiento no puede faltar una mención especial a la amada Iglesia que está en Cracovia. Doy gracias de corazón en particular al cardenal Franciszek Macharski, metropolitano de Cracovia, por la hospitalidad y por haber preparado tan magníficamente la ciudad para los importantes acontecimientos celebrados durante los días pasados. Gracias de corazón a las Religiosas de la Misericordiosa Madre de Dios, de Lagiewniki, y a cuantos cada día elevan oraciones ante la imagen de Jesús misericordioso por las intenciones de mi misión apostólica. Me congratulo con la archidiócesis de Cracovia y con toda Polonia por el nuevo templo, que he dedicado. Estoy convencido de que el santuario de Lagiewniki constituirá un significativo punto de referencia y un centro eficaz del culto a la Misericordia divina. Que los rayos de luz que bajan de la torre del templo de Lagiewniki, y que recuerdan los rayos de la imagen de Jesús misericordioso, se irradian con reflejo espiritual sobre toda Polonia: desde los montes Tatra hasta el Báltico, desde el Bug hasta el Oder, y sobre todo el mundo.

¡Dios, rico en misericordia. Estas palabras han constituido el lema de la visita. Las hemos leído como una invitación dirigida a la Iglesia y a Polonia en el nuevo milenio. ¡Ojalá que mis compatriotas acojan con corazón abierto este mensaje de la misericordia y lo difundan dondequiera que los hombres necesiten la luz de la esperanza!

Conservo en mi corazón el bien realizado durante los días de la peregrinación, y en el que he participado. Agradecido por todo, juntamente con toda la comunidad eclesial en Polonia, repito ante Jesús misericordioso: *Jesús, confío en Ti.* Que esta sincera confesión proporcione alivio a las futuras generaciones en el nuevo milenio. ¡Dios, rico en misericordia, os bendiga!

Y para concluir, ¿qué decir? Siento tenerme que marchar.

¡Ojalá que mis compatriotas acojan con corazón abierto este mensaje de la misericordia y lo difundan dondequiera que los hombres necesiten la luz de esperanza!

Y para concluir, ¿qué decir? Siento tenerme que marchar
